

LADISLAO GRYCH

TU LUZ LLENA MI VIDA ⁽⁶⁾

A los que creen en Jesús y rezan el Padre nuestro.

Comienza una serie de textos que no sólo están escritos, sino también dictados o predicados.

Tengo en cuenta un encuentro en Santa Rosa y es para mí, volver a un lugar conocido; he optado por reflexionar sobre el Padre nuestro para los discípulos de Jesús.

Las reflexiones fueron dadas en el Colegio María Auxiliadora, los primeros días de julio de 1993.

PREFACIO

El Padre Nuestro es la oración de los discípulos de Jesús; tiene un modo particular, y lleva la vivencia que pertenece a los que llevan el Nombre de discípulos; en esta oración sigue proyectándose la vida del seguidor de Jesús, que desea aprender de su Maestro, y llegar adonde Él quiera que llegue su discípulo.

La oración se hace como un esquema, un resumen, una regla; y hay que darle el tiempo suficiente para aprenderla con el corazón abierto, que está dispuesto a vibrar al son de la oración; y con el tiempo, la oración hace vencer los obstáculos en medio de las vidas. Es una fuerza que nos hace resurgir de la profundidad; es un poder incalculable, muy grande, proyectado por Jesús; es su Obra en las vidas.

Nuestro tiempo no se tiene mucha imaginación como para ver el bien que promueve la oración del Padre Nuestro; nos falta sensibilidad para percibir la fuerza del Señor anclada dentro de la oración, y cómo ésta misma puede ir transformando las vidas; nos hemos olvidado de creer que, con sólo rezar la oración de Jesús, se transforma nuestro corazón, y se inicia un cambio inexplicable en la vida, en el tiempo del Señor.

Nos cuesta comprender el Padre Nuestro; y es tan sencillo en su forma y sus expresiones son tan profundas.

Puede ocurrir que no lleguemos a comprenderlo del todo; sin embargo, a la fuerza de esta oración, ante todo se la vive, y luego, se la comprende cada vez más.

Casi en todos los casos, el movimiento interior no empieza por comprender lo que expresamos; la vivencia es la que anticipa y se abre a un entendimiento, así es la vida.

Es que puedo hablar de muchas realidades, pero si no las

vivo, no las comprendo; y si no las comprendo, es porque no las vivo; entonces, no las transmito. El Padre Nuestro se comprende desde la vida, no desde una lectura; por eso lo aprendemos de niños; y esta oración sigue forjando nuestro ser con el Señor; y con el tiempo, comenzamos a ver la lógica, el sentido de cada expresión, la sabiduría puesta, que desde hace tiempo el Señor filtra en la vida.

No nos desesperemos de que nos falte la comprensión; ni nos juzguemos si aún no cumplimos con todo lo que nos propone Jesús; pero sí, oremos sin cesar. Algunos dicen que, si no cumplimos con lo que cuenta el Padre Nuestro, que no lo oremos, como si ellos estuviesen seguros de que siguen cumpliendo bien. Si la oración es una perspectiva de vida, no la cumplimos plenamente desde el principio; pero esta oración quiere despertar el corazón más allá de la comprensión; y es como una gran fuerza que promueve al espíritu de una manera misteriosa, y los que la oran, tratan de poner el corazón enteramente.

Algún día comenzamos a vibrar con la fuerza que llevan las Palabras del Padre Nuestro; el Señor nos llevará, Jesús nos llevará por su camino.

También, es una oración comunitaria; es que el compartir nos permite crecer en la gracia del Señor, apoyándonos mutuamente; es como si la comunidad tuviese su camino para que la fuerza de la oración estuviese expresándose.

En realidad, es el poder de la tormenta que sigue rondando nuestra vida; a veces, suele estar cerca, pero aún falta que entre en nuestra tierra. A veces, entre las preocupaciones, solemos tener un presentimiento: qué sería de la vida si el Señor entrase; sin embargo, aún preferimos que su entrada se postergue; tenemos el presentimiento de lo que podría hacer Jesús, pero se va postergando su entrada; de todos modos, si oramos el Padre nuestro, en algún momento, la oración nos toca tan hondamente, que dejamos nuestra

vida en manos del Señor; en algún momento, el Señor hará que recitemos el Padre Nuestro con nuestro corazón, y lo vivamos y comprendamos como Él quiere, y no como nosotros lo esperamos. Él tiene su camino en medio de la vida, y por este camino quiere llevarla.

Estas reflexiones surgen en un tiempo tranquilo, entre las tierras y piedras, los campos y caminos, con los vientos y el sol, con las tormentas y las lluvias esperadas; pero son una búsqueda más, y tienen su intención de ir despertando los corazones e ir despertando la visión del Señor.

Es cierto, la vida se despierta; por eso, no tiene mucho sentido sólo informar o instruir; es que la vida se despierta mientras el Señor sigue soplando, mientras el sol se hace fresco en las mañanas y la lluvia del Señor llega a nuestro corazón.

Si el Señor despierta nuestras vidas, se abre el camino; no siempre con muchos espacios, no siempre con claridad del primer momento, pero se va abriendo y así como el Señor quiere; mientras haya dudas, apuros, y haya proyectos aún entre nuestro apuro y ansiedades, la vida se despierta hacia un camino lleno de esperanzas. No todo lo que viene del Señor está tan claro, ni desde el principio ni después, porque está dentro de la vida, a veces, tan confundida. Existe un modo de entrar en ella que tiene las reglas del Señor, con un razonamiento mucho más profundo, más allá de nuestro ver y comprender; ¿y nosotros?; sólo estamos en medio del río del Señor, casi como cosas medio sueltas, llevadas por el agua, a veces, pareciera sin destino. Sin embargo, el destino sigue marcado por la corriente del río; y el río, en este caso, está bien encauzado; nuestra vida está en medio del río del Señor.

1. PADRE NUESTRO,
PADRE DE LOS CIELOS.

a. ME LO ENSEÑÓ ELLA

Tantas veces repito tu Nombre, Señor.
Quizás, fue el primero que me dijo mi madre.
Ella lo dijo a su hijo mientras no sabía caminar.
Mi madre me lo dijo, me lo mostró su corazón.
Ella sintió que debía decírmelo antes de otras palabras.
Es que sintió la importancia y que era el tiempo.
¿Quién la inspiró a decirme una Palabra tan sagrada?
¿Quién impulsó su corazón para sembrar en su hijo esa
semilla de la Vida?

Ella me dijo que tú eras un Padre bueno, grande.
No sé si comprendía lo que me decía, no sé si su corazón
sentía lo mismo; me dijo este Nombre, como si necesitase
decirlo en aquel tiempo tan temprano de mi vida.
Ella puso una Semilla en mi vida aparentemente perdida,
sin poder hablar, sin entender mucho.
Puso una Semilla del Padre, quizás sin saber que, de esta
tierra, iba a resurgir una Vida, la que quisiera cubrir mi
vida, y no solamente la mía.

Pasaban los años para la criatura que crecía abriéndose,
con la Semilla del Padre dentro de mi corazón.
El Padre estaba en mi vida, mi madre lo despertó.
Su palabra, la de mi madre, era como tocar un instrumento
de un modo apropiado,
El Señor la puso a mi lado; ella sintió la hora de sembrar y
cuidar la Semilla del Padre; estaba inspirada en su corazón
de madre, por la obra del Espíritu.
Los años pasaban, el niño se iba levantando de la tierra; ya
no necesitaba apoyarse con sus pequeños brazos, sino que

podía caminar; y cuando perdía el paso, miraba hacia arriba buscando como los magos; como ellos miraban las estrellas, yo buscaba a mi Padre, porque mi madre me lo había dicho.

Me caía en los pastos del prado, entretenido, buscando a mi Padre, y Él crecía en mi corazón; por eso mi corazón se agrandaba.

Yo buscaba a mi Padre quien estaba en los cielos; sabía en donde estaba, me lo había dicho mi madre.

Lo buscaba levantando la cabeza con mi ansiedad de niño, con mis impacencias.

Cuando me acostaba de noche mi madre me recordaba, me hacía rezar al Padre, para quedarme en paz en la oscuridad que era tan larga para mí.

Yo buscaba a mi Padre, hasta soñaba con Él; mi madre me decía que era bueno, y yo soñaba que era bueno; me decía que era grande, ¿con quién compararlo?

Yo buscaba a mi Padre levantando mi cabeza a los cielos; lo buscaba cuando estaba triste, entonces, mis pulmones se agrandaban, así crecían; yo crecía soñando en Él.

Me acuerdo bien: en una Iglesia llena de gente, todos se levantaron a rezar al Padre.

Lo escuché y me sorprendí; sabía que era mi Padre, y ellos rezaban al Padre nuestro, así que no era sólo el Padre mío, ellos también tenían su Padre.

Todos se levantaron, la voz se hacía solemne, yo también rezaba a mi Padre, buscándolo; miraba hacia arriba.

La Iglesia estaba llena de estrellas, y buscaba a mi Padre entre las estrellas del cielo.

Aún pregunté si Él vivía en una de ellas; pero las estrellas eran pequeñas, y mi Padre era grande.

Así pasaba mi vida soñando con el Padre; todo fue porque

mi madre me lo había contado.

Soñaba con mi Padre en un encuentro maravilloso, y lo buscaba, lo esperaba.

Me preguntaba por qué no venía, si era mi Padre.

Así esperé por mucho tiempo; hoy sé por qué no viene, pero tampoco lo necesita, si con su presencia está marcado mi corazón para siempre; hoy lo sé.

Pero te agradezco, Señor, por mis búsquedas y ansiedades, por el tiempo cuando me alimentabas, y yo era pequeño.

A veces, es mejor buscar que encontrar, vale más esperar que el mismo encuentro; en cada espera, en cada búsqueda hay algo de presencia y de felicidad.

Porque para los corazones no hay distancias; si el corazón es puro, el misterio de la presencia se vive muy intenso.

Tú, Señor, mi Padre, has estado y estarás para siempre, porque tu hijo camina por la tierra mirando a las estrellas.

b. DESCUBRIR SU IMAGEN

La Imagen de Dios Padre se condiciona por las vivencias que nos tocan en el mundo; así como la pureza del agua se condiciona por la tierra y las cosas que halla en su camino; pero, en lo profundo del corazón está la Imagen pura del Padre; cuando la descubrimos, aún nos convencemos de que somos sus hijos; y todo cambia quizás para siempre.

Con sólo vivir en el mundo, la Imagen de Dios es limitada; nuestra visión es limitada, aún se confunde.

Nuestro mundo es fuerte; somos sensibles para recibir y asimilar; por eso, por mucho tiempo vivimos en un mundo oscuro sin nuestro Padre, y si alguien nos habla de Él, sólo nos queda un sonido que nos lleva a rebeldías.

Sin embargo, en esos sonidos, el Señor sigue golpeando el corazón y algún día, nuestro Padre llega; lo escucharemos y le responderemos.

Nuestra vida tiene su propio camino para encontrar al Padre, pareciera que desde la ausencia hacia el encuentro; digo pareciera, porque de hecho el Padre nunca abandona. Como solemos vivir ciegos, insensibles, perdidos, aún no lo vemos; si Él nos habla, tampoco lo escuchamos; nuestro corazón insensible no escucha ni está dispuesto a hacerlo. Y pasa el tiempo, como si no terminara; sin embargo, debe terminar como tantas cosas que tienen su fin; recién allí, nos damos cuenta de que el Padre estaba, que nos hablaba.

Cuando termina el tiempo de la ceguera e insensibilidad frente a nuestro Padre, ya no preguntamos por lo que nos había pasado; es porque todo lo que pasaba está incluido en la Fiesta por el encuentro del hijo con el Padre.

El encuentro no sería tan jubiloso, si el hijo no pasase su camino tortuoso; no tendría tanta alegría, si antes, el hijo no viviese tanta pena, tanta tristeza y la desesperación; es que ya todo recupera su valor.

Alguien puede preguntar si el Padre permite que el hijo muera desesperado y perdido; me atrevería a decir que no; y quizás, lo ha dejado caminar por el extremo del abismo; quizás, por eso, podrá valorarlo, cuando ya esté con Él.

Recuerdo bien la pena de un padre, quien por razones de trabajo debía ausentarse por unos años; se ausentó después del nacimiento de uno de sus hijos, y volvió a la casa cuando el hijo tenía dos años.

La madre siempre recordaba al padre, y él les mandaba fotos; sin embargo, cuando el padre volvió, ya había una distancia casi insuperable entre el padre y el hijo.

Me preguntaba muchas veces el porqué; me parecía que el padre no le había dado tiempo suficiente a su hijo, no supo esperar, quería que su hijo expresase todo, ya; pero el hijo necesitaba su tiempo.

El padre se envolvió entre las penas y los reproches; no sé

cómo estarán hoy, no volví a verlos, sólo los recuerdo, y sigo preguntándome por ellos, porque me quedaron la cara triste del padre y la del hijo indiferente; me decía el padre: “parece que no fuera mi hijo”.

Supongo que muchos padres con los años que corren, se cuestionan preguntando, culpándose; se quedan pensando; así pasan las cosas, pasa la vida, por algo existen estas situaciones, y por algo, sufren unos y otros.

Si es cierto que la imagen de los padres está marcando la Imagen de Dios, también es cierto, que éste es el camino para superarnos, para poder llegar a la verdadera Imagen del Padre, luego de las luchas frente a los padres; una vez, buscándolos, otras veces reconciliándonos con ellos. Hoy, frente a tantos conflictos en la familia, este problema sigue marcando las vidas; sin embargo, se hace el camino hacia un reencuentro con el Señor, nuestro Padre.

En tantos casos, viendo la vida muy dispersa y perdida, aún preguntaba por la casa y los padres, intuía sin error una situación conflictiva; trataba de hacer entender que lo que pasaba, tenía que ver con lo que había pasado en la casa con los padres. Lo cierto es que muchas veces, los confundidos abrían los ojos e intentaban arreglar la vida reconciliándose; algunos sentían la necesidad de visitar a sus padres, a pesar de que las visitas les causaban mucha confusión, hasta rebeldías, el dolor de las heridas abiertas y tantas cosas más. Pero, en fin, la vida se reconciliaba, en la medida en que se iba reconciliando con sus padres; se calmaba, si aún crecía la calma en el hogar del nacimiento; también comenzaba a nacer un nuevo Dios que era Padre.

Con el tiempo crecía la comprensión; y para comprender había que orar, así como uno puede, aún, lleno de dolor, de angustia, de impotencia, de vergüenza.

Iba abriéndose un espacio para la comprensión; los hijos empezaban a entender a sus padres, a perdonarlos, porque quien comprende perdona, hasta se pregunta por qué antes no lo había hecho.

Dentro de la oración, los hijos comienzan a ver el dolor de sus padres, sus angustias y su impotencia; sus fracasos que están tan reflejados en los fracasos de sus hijos. Es que la oración, como surge del corazón, sigue abriendo un nuevo espacio para ver de otra manera, no como antes, sino con nuevas luces. Se hace claro que para comprender a sus padres había que pasar vivencias duras; en la comprensión la vida retoma su fuerza; porque no puede construir sobre los sentimientos confusos y los fracasos.

La comprensión lleva a la reconciliación; entonces, se van la pena y la tristeza, se van el dolor y la culpa; se abren nuevas luces para ver y comprender, así como se debe; entonces, se descubren el amor y la bondad, tan necesarios para vivir y encontrar las fuerzas para vivir en paz.

No es posible el camino del bien sin reconciliarse con los padres; no es posible el camino hacia un Dios verdadero sin encontrarse con ellos; en todas las circunstancias, aún con los padres más confundidos frente a sus hijos, existe el camino de reconciliación, de reencuentro y, de este modo, del reencuentro con el Padre.

En verdad, no sé quién es primero, el Padre de los Cielos o los padres en la tierra; a lo mejor, las dos vivencias vienen juntas, así se unen el Cielo con la tierra, al mismo tiempo.

Volver a los padres para recuperar los sentimientos sanos, y encontrar el amor y la paz, lleva a la reconciliación con lo que ha pasado en nuestra vida; es porque los conflictos han generado nuevos conflictos; como no hemos estado en paz con nuestra casa, no podemos estar en paz en ningún lugar del mundo.

Los resentimientos, inseguridades y miedos, la dureza y la frialdad se van expandiendo como una ola, hasta el día en que cortemos con la fuente, hasta que se abran los ojos; entonces, la vida se alivia y se aquieta. Pero todo llega a su tiempo; deben pasar muchas cosas hasta que comencemos a comprender la vida y buscar la paz; y todo llega después de muchas guerras.

Los hijos, comúnmente, no quieren cometer los errores de sus padres; buscan una vida distinta, desesperados por que su vida no sea igual; pero como no están en paz, vuelven a los mismos errores que están grabados en su interior.

Aún, se quedan peor que los padres; entonces, las culpas y los resentimientos son aún más grandes, de ambos lados; y se necesita tiempo para mirar y ver, para hablar y orar; con el tiempo se descubren las intenciones que han sido las mejores; entonces, para qué culparse y castigarse.

Si la comprensión lleva a la paz, ya no hay nada que perdonar, tampoco rebelarse, tampoco culparse; la vida se aquieta. Si hay cosas que pasaron como consecuencias, hay que asumirlas con el tiempo; es que, al asumirlas, se hallan nuevas fuerzas para vivir de una manera nueva, ordenada. El pasado ya sirve de experiencia; aún, llega el momento en que no reprochamos el pasado, porque la gracia lo supera.

Sin ninguna duda, no hay padres perfectos en el mundo; a veces decimos que los nuestros lo son, es porque sabemos mirar bien, sabemos comprender hasta las debilidades que surgen en medio de tantos valores. Con sólo entender que los padres siguen luchando por lo que necesitamos para vivir cada día, ¿no es grande lo que hacen?

Y si lo hacen, es porque hay motivos, hay cosas que los mueven; nos quejamos porque no nos atendieron, pero es porque no supieron amarnos; sin embargo, nos dieron lo

que pudieron y sacrificaron mucho por sus hijos, y si hoy no están en paz con sus hijos, les duele doblemente. Los padres siempre dan lo que pueden dar, y no dan lo que no tienen, y quieren dar más de lo que tienen, porque son padres; con eso basta.

La vida puede distorsionarse de tal manera, que algunos padres no saben asumir su papel; pero habrían sido felices, si hubiesen podido cumplir con su misión. Sus vidas están tan destrozadas, tan confundidas, que ni ellos mismos se comprenden; a veces, sus hijos los ven mejor de lo que ellos se ven.

La comprensión de la vida en el Señor, no sólo hace ver y llevar a la justificación, sino que abre la nueva perspectiva de paz para vivir una vida nueva, distinta; a la vez, hay que vencer las realidades que sólo el Señor sabe vencerlas, armándonos de paciencia en su tiempo.

La vida se resuelve en medio de las dos perspectivas: el Padre de los Cielos y los padres en el mundo; en medio de la búsqueda, las rebeldías y confusiones; y la paz es la que anticipa lo nuevo; porque lo nuevo comienza a nacer aún, en medio de la tristeza y el dolor, pero con un proyecto de paz y felicidad.

2. SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

a. EL PADRE DE JESÚS

El Evangelio no es sólo un nuevo pensamiento, es más: contiene la fuerza de la Vida.

Jesús es quien da los principios de una vida diferente, lo que Él dice se realiza, su Palabra transmite la fuerza que no tiene comparación con ninguna de las fuerzas humanas, las que buscan un bien para la humanidad.

Dentro de su mensaje hay una vivencia muy fuerte, la del Padre y del Hijo; la realidad que costó mucho a los judíos y que le cuestionaban a Jesús hasta su muerte.

Debemos aclarar, que sin esa vivencia es imposible llevar el mensaje de Jesús a la altura a donde Él lo lleva; es una experiencia que urge en nuestra vida y nuestra misión.

El Padre está en la vida de Jesús, su Hijo predilecto; está tan presente que hasta se confunde la misión; no sabemos dónde termina la misión del Padre y dónde comienza la del Hijo.

Jesús habla del Padre de tal modo, que casi nos sorprende, parece un niño que habla de su papá; si escuchamos a un chiquito, siempre sigue volviendo a su padre; lo mismo vemos en la vida de Jesús, durante toda su vida y su misión; porque hay algo que es natural, el hijo tiene a su padre; de allí corren las fuerzas de la vida, hay un sentido de todo.

La unión entre el Padre y el Hijo es tan grande, tan fuerte, que provoca las sensaciones muy hondas; y Jesús despierta lo nuestro.

Quizás empezamos por lo humano, por la realidad más cercana, para ir despertando la visión de la vida del Padre de los Cielos. Al ver a Jesús, comenzamos a mirar nuestra

vida, a compararla, y puede ser que hasta soñar. La lectura del Evangelio sobre esa relación tan íntima entre el Padre y el Hijo se hace como un proyecto de la vida.

Es una Tarea casi imperceptible, se nos pasa, sin embargo, en la profundidad de nuestro corazón, Jesús sigue obrando silenciosamente, quizás con más fuerza aún; esta realidad la vivimos todos.

En la vida de Jesús está el Padre de siempre, también está José; un hombre justo a quien le toca suplir al Padre celestial; la misión casi imposible, asumida con simpleza, humildad y generosidad, dentro del proyecto del Señor que siempre es misterioso; a veces, es mejor no preguntar ni buscar explicaciones, porque los misterios se nos hacen aún más incomprensibles; y las preguntas, a veces, sólo nos llevan a la paz, más a la paz que al entendimiento; en la paz se nos hace ver que estamos en el lugar que el Señor ha destinado para nosotros.

José cumple con la misión del Padre celestial en el mundo, dentro de sus posibilidades; pero las aptitudes humanas son limitadas, por más que el Señor nos acompañase con todo el Cielo y con todos los ángeles.

Sin embargo, el Hijo de Dios, el Predilecto, nace en un mundo frío, se diría un mundo de abandono y de pobreza, acompañado de una familia humilde, muy pobre, en las condiciones en que no desearíamos a ninguno de los hijos del mundo.

Hay que tenerlo claro, cuando nos cuesta comprender las vidas que nacen en circunstancias muy adversas, distintas a nuestro modo de pensar; el Hijo de Dios nace en ese ambiente, quizás, para que nosotros sepamos aceptar los nacimientos en circunstancias tan tristes.

¿Quién de nosotros comprende este lugar, el tiempo y las circunstancias del nacimiento de Jesús?

Dejemos, entonces, al Señor, el tiempo y los nacimientos de los hijos que vienen en la pobreza y el abandono, si no podemos hacer otra cosa que sólo aceptar. Porque cada nacimiento es un misterio; la vida viene en una hora justa y las circunstancias también están previstas por el Señor.

Frente al abandono, la pobreza y desgracia, reaccionamos todos, si por lo menos en algo somos sensibles. Hoy, todos reaccionan frente a un hijo sin padre, reaccionamos frente a los hijos sin familia ni casa; nos preocupamos por los niños que mueren de hambre. Hay planes, hay proyectos, hasta a un nivel de naciones; se congregan y debaten, buscan fondos, buscan soluciones. Sin embargo, cada día tenemos más niños pobres y abandonados, las cifras van creciendo y desesperan.

En fin, decimos que hacemos lo que podemos; muchos lo hacen para justificarse, algunos tendrán sus intereses; es que estamos ante una realidad que no sabemos resolver.

¿El mundo no sabe o no quiere resolverla?; y si no quiere hacerlo, porque no lo sabe; el mundo se torna impotente.

Entonces, si se encuentran las soluciones, porque las cosas que el hombre no sabe resolver, estarán solucionadas algún día; porque no hay nada en el mundo que no deba ser resuelto; y si no lo hace el hombre, el Señor lo hará a su tiempo, y según su modo.

El hombre tiene sus programas y soluciones, y el Señor lo resuelve a su modo, halla un tiempo justo, con frecuencia, cuando el hombre se rinde y dice que no puede hacer nada.

Jesús entra en el mundo de extrema pobreza; pienso en este caso en su familia muy humilde, lo que según nuestro modo de pensar significa que, quizás, no les alcanza para el pan. Esta situación nos hace pensar, porque ha sido aceptada por el Padre; nos cuesta aceptarla y la acepta su Padre, porque está en el medio otros valores; y la misión

que Jesús debe cumplir, empieza de ese lugar en el mundo. La salvación que Él nos ofrece, comienza por los lugares más pobres, por los marginados, por los más tristes, por la realidad que el hombre no resuelve.

Entonces, el Señor viene a salvar, tanto la vida que vendrá como la vida de hoy. Cada vez más nos damos cuenta de que frente a tantas pobreza, no nos queda otra cosa que anunciar la venida, el nacimiento de Jesús, quien viene y nace en medio de una vida tan triste y perdida.

Padre nuestro, que tu Nombre sea alabado, mientras tus hijos siguen sufriendo en la tierra que tú les diste.

En esta tierra ha nacido tu Hijo predilecto, encontrándose entre los más humildes e insignificantes, porque tú quieres salvar a los más pobres, a los abandonados, a los tristes y perdidos; en tu Hijo, tan hundido en el mundo, está tu presencia para todos tus hijos; ojalá ellos encuentren a Jesús, y te encuentren a ti.

Tú eres el Padre de los hijos perdidos de siempre.

Padre nuestro, tus hijos escucharán la voz de tu Hijo, ellos saldrán al encuentro, y Él les anunciará que tú eres Padre de todos; entonces, la vida cambiará, la pobreza no tendrá fuerza y la tristeza se transformará en alegría.

Padre nuestro, que tu Nombre sea alabado entre los pobres y tristes de este mundo.

Muchos pobres y tristes salieron al encuentro con Jesús y Él les anunciaba al Padre de todos; en varios casos, el Padre lo confirmaba con su clara voz de los Cielos.

Así cambia la vida, a pesar de que muchos se quedan en las mismas circunstancias de antes.

La vida encuentra su sentido, las cosas recuperan su valor, los hijos vuelven a la casa de su Padre. Es que la vida tiene sus propias luces que hacen ver todo de un modo distinto, cuando recupera sus raíces, las de siempre,

del Padre; es donde todos alaban al Señor, bendicen su Nombre.

b. QUIEN ME VE, VE AL PADRE

Antes de retirarse, Jesús anuncia su vuelta al Padre.

Felipe le pide a Jesús que se lo muestre a ellos.

La respuesta de Jesús es digna, como sorprendiéndose; como Él habló del Padre en medio la unión más profunda con Él, ¿qué más puede decir y cómo enseñárselo?

En algún momento, cuando alguien nos habla del padre, queremos conocerlo; pero no se puede agregar más, pues a la imagen del padre ya la tenemos, es aún más linda, y en muchos de los casos, es mejor quedarnos con lo que oímos y sentimos; y no buscar más ni insistir en verlo al Padre.

La preocupación de Felipe, vendría por ese lado, porque los discípulos de Jesús iban a anunciar al Padre a los nuevos discípulos; y ésa era su misión, anunciar al Padre.

Hay que tener muy clara la Imagen, debe estar grabada en el corazón para transmitirla con grandeza, con fuerza.

La preocupación se justifica en el contexto del proyecto del Señor. Jesús anuncia la obra del Padre, sus discípulos tienen al Padre en el Cielo, y deben anunciarlo a todo el mundo; es una responsabilidad, una elección predilecta, una misión para siempre en el mundo.

Debemos suponer que ellos mismos vivieron un proceso, un tiempo, para ir asimilando lo del Padre; Jesús les iba abriendo los ojos y ellos iban venciendo los obstáculos, por la gracia del Señor. Quizás, muchos de ellos debían resolver su realidad, y por mucho tiempo iban comparando lo que ellos sabían del padre en su propia carne, con lo que Jesús les había transmitido; así iban creciendo en el tiempo, crecía la Imagen del Padre y crecía la Vida.

Ellos se daban cuenta de cuántas realidades en sus vidas venían de sus padres; quizás, era la hora de reconciliación que siempre está en el reencuentro y en el crecimiento.

Una vez Jesús les dijo que había un solo Padre; para nosotros podría sonar raro, los humanos conocen padres y madres, hasta desconocidos. Sin embargo, según Él, hay un solo Padre y todos los padres participan de la Paternidad que es única.

Los padres no son perfectos, porque la vida distorsionó lo más sagrado; hoy, hay que ordenar todo, pero volviendo a la fuente de la Paternidad original, la de siempre, perfecta. A esa Paternidad hay que llevarla, anunciarla a todos con la voz potente, para que logre llegar a todos los rincones del mundo; que todos los hijos la escuchen, hasta aquellos que no quieren saber del padre, que la escuchen igual, porque el Padre les pertenece.

Para llegar a comprender el verdadero alcance del Padre celestial, en nuestro corazón deben unirse dos imágenes, la del Padre celestial con la del padre de la tierra. Las dos deben fundirse en una sola pieza; entonces la imagen humana del padre, hasta la débil y confundida, pasa como por el horno, fundiéndose y purificándose. En fin, es una verdadera comprensión que nos reconcilia y purifica; una reconciliación que sólo Jesús sabe impulsar en la vida. Esa visión de vida nos debe tocar, para que podamos hablar del Padre, y transmitirlo a los hijos perdidos en el mundo.

En muchos casos, los que hablan de Dios Padre de una manera maravillosa, es porque han tenido una experiencia triste de sus padres; porque hubo un tiempo en el que se sentían mal, el tiempo de abandono, de vergüenza y de complejos, de rechazo y resentimientos. Después hubo un tiempo de caminar perdidos en el mundo de confusión,

hasta que volvió la hora del Señor con signos.

El Señor ha tocado la vida abriendo el espacio para el Padre, que iluminó la vida grandemente, dando alegría, felicidad, en el tiempo de gracia y gloria del Señor, aún de fiesta. A esa fiesta quieren transmitir cuanto antes a todo el mundo.

Sin embargo, no hay verdadera fuerza en su palabra, hasta que no vuelvan a las raíces en la familia humana.

Los que hablan sin reconciliación verdadera y profunda, hablan como actores, alterados; hablan de la fiesta, pero de su interior brota inseguridad, miedo, tristeza; a veces, su palabra nace de los resentimientos incomprensibles, y tantas realidades más que siguen sorprendiendo. Por eso esas mismas sensaciones avisan que hay que ir volviendo a los padres, hasta que la vida se reconcilie plenamente; y que no sólo venga la paz, sino que resurja la vida, así como el Señor quiere que resurja.

El reencuentro con los padres, en medio de la Gracia del Padre celestial, lleva su propio tiempo. Si pronto viene la reconciliación casi espontánea, las cosas van resurgiendo; a ese proceso lo debemos aceptar por nuestro bien, gracias a Dios que siguen rebrotando las vivencias; y quizás van a ir rebrotando toda la vida, es que hay tantas vivencias que se ordenan en el nuevo contexto de la Vida nueva. Por mucho tiempo, no vemos a qué profundidad penetra el bien y el mal; casi siempre los cambios se abren desde las vivencias tan dispersas que nos confunden. Cada recuerdo, cada regreso a los padres, en el interior está promovido por alguna realidad que coincide con las crisis, aún, con lo bueno que sigue creciendo, o lo negativo que nos perturba, y siempre por un bien.

Padre nuestro, te quiero dar las gracias por los padres

que me diste, por ser así como son. Como eres un Padre bueno, me has dado lo mejor para mí, como lo necesitaba, para que mi vida en el mundo se encontrase dentro de esas condiciones, en esta casa donde nací y viví, con los padres y con los hermanos.

Miro mi realidad, las raíces de mi vida en este mundo; hay realidades que he comenzado a comprender y hay muchas que me faltan; muchas vivencias me dan tu paz, y otras todavía me inquietan, o están dormidas en mi ser. Lo que sé es que con las vivencias que me suceden, siempre voy volviendo a mi casa por más lejana que esté, porque hay hilos que me unen a lo bueno y a lo malo.

¿Qué me queda? Me queda encontrar todos esos hilos para entender mi vida como gracia, me queda orar, para mirar mi realidad con paz. Voy creciendo dentro de mi realidad, la debo ir enfrentando cada día. Me queda esperar orando, porque mi vida está en Tu tiempo, y todo viene cuando debe venir; Tú lo sabes, yo lo voy descubriendo; hoy, me alegra cada descubrimiento.

Cada vez que vuelvo a mis padres, mi corazón se halla en algo; vienen tantos descubrimientos y cosas que resurgen. Sigo enfrentando mi vida, sigo luchando por vivir; cuando vienen la paz y la comprensión.

Hoy, ya no busco el amor de mis padres, y lo encuentro a cada instante, aún escondido como un tesoro tras las cosas de la tierra.

Cada vez que vuelvo a mis padres, descubro un trozo de tu rostro, Señor; quisiste esconderte tras los rostros humanos tan próximos a mi crecer, quisiste estar cerca, no podías estar mejor, sólo así, Señor, mi Padre en mis padres.

Al estar en los cielos, no me abandonaste en el mundo, al contrario, te escondiste en los primeros seres que yo iba a encontrar; hoy lo veo, te agradezco, Señor.

3. VENGA TU REINO.

a. ÉL LLAMABA DESDE EL MUNDO

Jesús comenzaba a invitar; Él llamaba personalmente, o por medio de los hermanos; aún, hubo unas propuestas a seguirle, a veces, sin explicar sobre el futuro.

Y los llamados, una vez decían que sí, otros le seguían un tiempo y se retiraban, otros ni siquiera comenzaban, todo en plena libertad, como siempre desde el Señor.

Los invitados por Jesús dejaban sus casas, sus familias, ¿en qué sentido dejaban sus casas y familias? Esa pregunta se nos hace importante, pues, si es cierto que Jesús quería iniciar lo nuevo, necesitaba el tiempo y el espacio nuevos, justamente, por las vivencias nuevas implantadas por Él en el mundo. Si Él los separaba del mundo, a sus discípulos, les brindaba su tiempo, que era de su Padre, para un nuevo crecimiento; y luego, los hacía volver al mundo; por eso, mi pregunta, ¿en qué sentido se separaban del mundo?

Jesús volverá a decir que Él los había sacado del mundo y los cuidaba, para poder volver al mismo. Podemos ver que el tiempo era para prepararse, que servía para hacerse una nueva levadura, y la levadura debe volver a la masa para hacerse fermento en ella. Los discípulos iban a llegar a ser la luz del mundo, y ella no puede esconderse ante la vida oscura.

Seguimos hablando de retirarse del mundo para volver al mismo; hablamos del retiro en un buen sentido, a pesar de que Jesús habla también de la conflictividad, porque cada separación provoca ciertos conflictos hasta imprevisibles, y hay que ir asumiéndolos en paz; también sabemos que los conflictos no asumidos, repercuten en nuevas guerras aún más violentas, que desgastan más.

Cada desprendimiento de lo anterior, por más que fuese hecho a plena conciencia y con las mejores intenciones, siempre deja partes a resolver, a pacificar. Y creo que aún más, el desprendimiento de la familia, de sus padres, de todo. Jesús hablaría del desprendimiento del mundo, y éste deja huellas en el corazón, es doloroso; y como huellas, deja nostalgias y dudas; si deja preguntas e inseguridades, confunde hasta los sentimientos, hay una inseguridad que asusta; eso se hace un campo de trabajo muy grande, hasta que se pacifique la persona, si es que logra pacificarse del todo, porque la vida necesita tener enfrentamientos, así va creciendo. De todos modos, el abandono de lo anterior es para poder iniciar lo nuevo, y no se puede iniciarlo sin abandonar lo anterior. Si Jesús del abandono hasta de la familia, creo que principalmente por esos valores; en fin, los que vivían en el mundo, estaban por los valores del mundo; hoy, pueden vivir de los valores del Reino.

Si Jesús habla de una verdadera lucha, es porque la lucha existe de veras; siempre, nos cuesta abandonar, nos cuesta hacerlo, y lo nuevo no llega fácil; aún, el cambio no es tan transparente del todo, está entre lo viejo y lo nuevo; aún no hemos podido desprendernos de lo viejo, en medio de las confusiones, heridas, los recuerdos y miedos; mientras tanto, sigue brotando lo nuevo, del Señor en nuestra vida. El camino de transición, lo viven todos los discípulos de Jesús, por eso, tantas preguntas, tantos cuestionamientos, muchas sorpresas, también se confunden más de una vez; los pensamientos del mundo van rebrotando a cada rato, y Jesús, una vez es compasivo, otras veces es casi tajante; a la realidad de la lucha entre lo del mundo y lo del Señor hay que vivirla con plena conciencia.

Pero los sostiene la paz de Jesús, la que irradia Él en todo tiempo; su paciencia que da la seguridad, la comprensión

casi no tiene límites, es ilimitada. Dentro de la paz se abre el camino de la transformación, se realiza de una manera profunda, casi inalcanzable para los discípulos.

Ellos comprenden muy poco lo que les está pasando. Si lo ven, es porque Jesús los ilumina, y después de pasar todo, les viene como una nueva gracia para comprenderlo.

¿Por qué deben comprender todo? Es que tendrán nuevos discípulos que saldrían del mundo por el nuevo Reino, y aún deben comprenderlos, si desean que se apoyen en ellos como ellos se apoyaban en Jesús.

Debemos hablar de la gente que está perdida en el mundo; aún hablemos de los drogadependientes, de los jóvenes sin horizontes por causa de su debilidad; hay tantas cosas que nos hacen hundirnos en el mundo.

La única manera de salvarse es salir del ambiente, lo que se hace muy difícil, y para muchos casi imposible; muchos se retiran de los ambientes, porque todavía han llegado a situaciones límites, despreciándose a sí mismos, otros se dejan hundir; y hay quienes se levantan y buscan a gritos la salvación; se levantan por la fuerza del Señor, o porque salimos a buscarlos en el Nombre del Señor, nuestro Padre. Pero para poder salvarlos, debemos presentar otros valores, toda la paciencia del mundo y la comprensión; el tiempo del cambio es lento, hay un proceso interior que lleva su tiempo, un tiempo para la transformación interior.

Si bien, con el primer impacto de liberación, los que han decidido cambiar su vida se sienten libres y seguros, las cosas van a ir volviendo, y sólo los sostendrá la paciencia y la confianza, para poder aguantar las guerras que estén viviendo. Para comprender el camino de esos hermanos, hay que estar muy fuertes interiormente, seguros de ellos, transmitiendo la paz, la seguridad, el entendimiento, la exigencia. La exigencia no es esclavitud, es sólo ayudar a

sostenerse en los momentos cuando uno no sabe lo que quiere ni lo que sigue buscando; en estos casos sin exigir, sólo los dejamos hundirse una vez más dentro del mundo; la exigencia es una gracia.

Creo que aquí se nos hace más fácil comprender la Palabra de Jesús sobre la cruz llevada, la propia cruz para los seguidores. El desprendimiento del mundo no nos deja abandonar la cruz, la consecuencia de la vida dentro del mundo. El barro se hace pesado, está bien pegado y entra en la lucha por un nuevo bien que nos ofrece Jesús. El Reino no puede aparecer plenamente hasta que no se resuelva la última de las luchas; y al vencerlas, todavía aparecen otras cada vez más profundas; y vamos a estar cada vez más convencidos, de que cuando las vayamos venciendo, ya no serán tan desesperantes como antes, si somos humildes, y sólo creemos en el Señor.

Sin ninguna duda, Jesús quería formar por lo menos unos pequeños ámbitos, unas pequeñas comunidades, las que pudiesen acoger a los del mundo, a todos los que quisieran entrar, siempre dispuestos a buscar un verdadero cambio. Las comunidades deberían ser signos de un nuevo mundo, de una nueva vida, deberían estar libres del mundo y pasar por el discipulado de Jesús, aprendiendo de Él en su vida. Ya liberados del mundo, podrían servir a los hermanos, a los que quisieran salir del mundo y salvarse; por supuesto, deberían aprender el camino y cómo ayudar; es el camino y los modos que empleaba Jesús.

Emplear los modos de Jesús aún no dice demasiado; no es cuestión de formas sino de la vida, de la fuerza interior; los modos sólo representan el interior y, de hecho, tienen tanta importancia cuanto representan interiormente. No sirven mucho sólo las instrucciones, si no tienen vida ni

paz, ni amor, ni comprensión, ni fe, ni visión del cambio, y todo en una coherencia de vida. Nosotros podemos tener perfectos proyectos de trabajo, pero si nuestro espíritu está lejos, no sirven; sepan que el que hace resurgir es el Señor, y nosotros por Él y con Él; si el Señor reina en la vida, Él transmite todo el poder para cambiar; en algún momento, debe prender el Fuego del Señor en la vida de los hermanos, que han salido del mundo.

Está claro que debemos salir a buscar a los hermanos; nuestra familia cristiana lleva ese compromiso, debemos ir llamando a la vida nueva, luchando por un Reino de Dios. Si luchamos por el Reino de Dios en el mundo, luchemos por su Reino en cada corazón del hombre.

Nuestra invitación vale mucho, es como si Jesús invitase personalmente; pero también es cierto que, si el Reino se condiciona por las cosas del mundo, vamos a condicionar a los hermanos, formar un reino limitado, si los hermanos del mundo se acercan a nosotros. Siempre el Reino de Dios sufre las limitaciones de lo humano; estando en el mundo no puede evitarlas, pero al estar dentro del mismo, puede transmitir el Proyecto del Señor, infiltrándose en el mundo. Mientras tanto, sufre y vive las esperanzas del cambio permanente que viene del Señor.

La fuerza del llamado es la misma y parte de Jesús, el Hijo del Padre enviado al mundo a buscar a los hijos perdidos; es la misma fuerza que motivó el seguimiento de Jesús, la que nos acompaña en los pasos que hemos hecho, mientras Él transforma nuestra vida.

Este llamado se hace como una semilla para los nuevos llamados que parten no tanto de nosotros, sino de lo que Jesús ha hecho de nuestra vida, y se abre a los hermanos en el mundo. El mismo llamado repercute y llega; porque es tan fuerte que puede provocar la respuesta, siempre y

cuando haya logrado los frutos en nuestra vida; de otra manera, no podemos hacer nada, sólo intentar, hacer algún esfuerzo, confundirnos y desesperarnos; y en fin, cuando llamamos para el Reino, la gente se va por otro lado.

Hablando con claridad, si realmente hemos entrado en el Reino, tenemos fuerza para invitar, para que otros vayan entrando; y si nos engañamos y nuestra permanencia en el Reino es casi ficticia, no sólo no entra nadie, sino que se confunde. Así seguimos cuestionando nuestra identidad y la pregunta es si realmente estamos en el Reino; si aún tenemos intenciones de permanecer; si tenemos buena voluntad y queremos aceptar lo que nos propone Jesús, lo que Él propone para los que están en su Reino; porque el Reino comienza por nosotros, por lo que Jesús hace en nuestra vida, para ir sembrando alrededor nuestro; y no es tanto la eficiencia exterior y nuestro ahogo con las tareas, sino más bien la vivencia del Señor en nuestro corazón; esa vivencia va a ir manando como agua, traspasa nuestra tierra y las tierras de nuestro ambiente.

b. LA APERTURA HACIA EL SEÑOR

Se ha hablado mucho en nuestros últimos tiempos sobre la apertura hacia los hermanos; se ha abierto un tema extenso sobre la comunidad, sobre la fraternidad; hemos usado con frecuencia las palabras: somos hermanos. El tema de los hermanos se hizo casi popular, salió de las iglesias y de las comunidades hacia el mundo; de los hermanos se habla en cualquier lado, quizás sin profunda convicción. Es que no siempre la fraternidad es sentida como quisiésemos, suele ser más un sueño, una intuición, una necesidad.

Habría que detenerse y preguntarse en serio; preguntarnos por las vivencias; ¿qué sentimos cuando hablamos de los hermanos?

Hoy estamos en los tiempos de la palabra aprendida, y hay términos, gestos, expresiones aprendidas. Suelo ver cómo los hermanos se expresan la paz durante nuestras liturgias, o cómo se saludan; a veces me pregunto dónde están.

Se saludan sin prestar atención, no viven lo que hacen; los gestos suelen ser hasta fríos, casi indiferentes. Sería bueno reflexionar sobre los gestos fraternos; no es fácil analizarlo porque vivimos con ciertos preconceptos, de antemano nos parece que el gesto expresa la realidad, ni siquiera nos preguntamos si en nuestra vida lo expresa de verdad.

¿Qué expresan nuestros gestos, son gestos de hermanos?
¿Nuestro corazón está dentro de nuestros gestos?

El gesto transmite lo que somos, y no lo que quisiésemos transmitir. No sé si lo tenemos claro; podemos mentirnos, pero el corazón no miente.

Si queremos transmitir paz y no la tenemos, no la vamos a transmitir; a veces transmitimos las ilusiones, porque el hermano está peor que nosotros.

Si queremos transmitir el amor, lo entregamos como somos, con la ansiedad, con la confusión y los miedos; con los resentimientos y otras cosas, transmitimos la vivencia que vibra en el interior; más allá de nuestras intenciones momentáneas.

La realidad interior es la que más hondamente se graba en los hermanos, es la que crea frutos en los hermanos; son los que impulsa el corazón; aún, el corazón provoca las sensaciones y las reacciones; es que transmitimos a los hermanos un poco de nuestro ser.

La vivencia interior es transmitida permanentemente en nuestro ambiente, es como el agua que fluye mientras la roca la sigue despidiendo. Somos una expresión plena de lo que somos, en todo el tiempo por donde caminamos; somos una apertura desde la vivencia de nuestros valores

interiores.

Transmitimos y recibimos a la vez; transmitimos lo bueno, lo que está en nosotros, y lo negativo; y recibimos igual: existe un permanente enfrentamiento en nosotros, por lo nuestro y lo de los hermanos, y en medio de los hermanos, por lo que seguimos transmitiendo; por eso existen los cambios, influencias, frecuentemente más allá de nuestro querer, y más allá de nuestro alcance.

Esta reflexión puede asustarnos, tomémosla con calma; aún pidamos la paz para tener noción hasta dónde la vida puede influir con lo que somos en el ambiente; y también, cómo nosotros, al enfrentar lo que viene de los hermanos, podemos crecer, y ellos también.

La sensibilidad por lo interior nos hace ver y entender esas fuerzas del bien y del mal que se van cruzando. A veces, la vida transcurre como rodeando un río entre las tormentas, los rayos siguen cayendo, golpeando la tierra, las luces penetran hondamente.

La noción de las fuerzas, de las influencias, aún puede ir sensibilizándonos por lo del Señor. En la medida en que estemos más sensibles por su Presencia, la vida se hará más pacífica; si estamos en medio de las tormentas de la vida, tendremos paz y serenidad. Podemos ir dándonos cuenta de cómo el Señor enfrenta la realidad, también, cómo a través de nosotros se proyecta en medio de los hermanos; aún podemos ver de cuánto recibimos de ellos.

¿Qué es la oración?; a veces, la oración se proyecta como reanimar la presencia del Señor en nuestra vida, porque la vida del Señor no se va nunca de nosotros; lo que pasa es que tenemos noción de la ausencia.

Otras veces, la oración densifica la presencia del Señor, es como hacerla más fuerte, es abrirnos para que el Señor entre; y puede llegar a expresarse como su corriente que

pasa por nuestra vida; la corriente da sentido, anima, despierta hacia una vida.

También puede expresarse como un soplo del Señor entre las tierras muertas, donde todo comienza a levantarse a la vida. En fin, siempre expresa la presencia del Señor, aún recibida íntimamente en nuestro interior; la presencia se expresa según las posibilidades y las circunstancias, según nuestras condiciones.

La oración densifica la presencia del Señor.

Desde el hombre es un esfuerzo promovido por el Señor, inspirado; a veces, pareciera el esfuerzo de un niño que quiere enfrentar grandes cosas; si no resuelve su realidad, el esfuerzo es reconocido, aceptado, es de agrado.

Es el esfuerzo del hombre por mantener la presencia del Señor; es como la lucha entre el bien y el mal, entre lo del Señor y lo del mundo; porque, justamente, lo del mundo perturba la presencia, nos aleja, nos distrae. Por eso, los que llegan lejos, habían luchado, y más que luchar, habían sido pacientes en su camino. No se acomodan con medios fáciles como para vivir la presencia del Señor, tampoco se quedan descansando cuando llegan a ciertas experiencias fuertes del Señor, sino que luchan pacientemente por una vivencia que pudiese ser sostenida en sus corazones.

Luchan por la presencia del Señor para el tiempo de orar y para todo el tiempo.

A la presencia del Señor se la podría comparar en algo con un foco que recibe la corriente, por eso, la lámpara da calor, da luz; en cierto sentido, resurge la vida.

Vemos claramente que la presencia del Señor no vale sólo para los tiempos de orar, es como acumular la presencia, y despertarla para que el Señor aún siga viviendo, mientras vamos a otras realidades. Porque su presencia debe ser llevada por todos lados para que la vida vaya resucitando;

si no así, la oración es sólo un pequeño chispazo que ni siquiera ha llegado a prender.

Orando, despertamos al Señor en nuestra vida, también en la vida de los hermanos, porque se transmite la Presencia.

Es cierto, nosotros, llenos del Señor, vamos transmitiendo y los hermanos van recibiendo, en la medida en que sea su tiempo y estén abiertos a recibir. Los hermanos reciben la presencia del Señor que pasa por nuestra vida, y lo siguen recibiendo, a pesar de que lo condicionemos. Es como el agua que pasa por las tierras que aún suelen ensuciarla, sin embargo, el agua llega por la vida. Las plantas la reciben igual, y si no son aguas contaminadas, sirven para la vida. Es que, si el Señor debe reinar, su presencia debe penetrar en todas partes; y nosotros estamos al servicio del Reino.

Si transmitimos la presencia del Señor, al mismo tiempo transmitimos la paz, la vida, el amor verdadero, la alegría; son los signos de la presencia del Señor en nuestra vida, y son portadores de su presencia hacia los hermanos.

La paz, el amor, la vida y la alegría, siempre tienen como fundamento la presencia del Señor; estas vivencias nos dan la seguridad de que Él está. Hay momentos en que uno dudaría de su presencia; pero los signos son evidentes, y si hay signos, ¿por qué preguntar más?

El Reino del Señor debe tomar formas concretas en el mundo. Si bien comienza en cada corazón que responde al Señor y acepta su presencia - que supone un nuevo orden de la vida y una transformación desde ella - también está claro que los que han respondido al Señor se encuentran como hermanos, formando una fraternidad comprometida. Y la fraternidad solidaria es un signo para el mundo, es un llamado para los nuevos hermanos, principio de las nuevas respuestas. La fraternidad se hace levadura, aún, sal que

penetra al mundo, porque comienza en el Señor, principio de la transformación. Él es quien transforma al mundo, Él es el principio y la vida.

Jesús es como la semilla buena; al caer en la tierra siembra la presencia del Padre en cada corazón que responde. Y la respuesta puede ser generosa.

Jesús, como la semilla del Padre, entra en la vida de la fraternidad que toma las formas de la vida según los principios del Señor, respondiendo al Padre en todo.

Jesús es el camino por donde debe pasar la comunidad humana, hasta que el Reino llegue a su plenitud.

4. HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

a. ESCUCHAR AL PADRE

La voluntad del Padre era que Jesús, su Hijo predilecto, viniese al mundo, en esas circunstancias, tan tristes según nuestros pensamientos; su voluntad era que naciera aún olvidado, ignorado, despreciado, y tuviese una vida difícil. ¿Quién de nosotros puede comprender el nacimiento en un lugar que casi no pertenece a los hombres? Sin embargo, en este acontecimiento está la venida de todos los hijos al mundo, hasta de los más abandonados y olvidados, tirados en la calle, de los hijos que se encuentran medio muertos en los basureros, desprotegidos del primer instante de sus vidas. Por alguna razón, Jesús nace en esas circunstancias; y mientras las vidas se comparen con su vida, se aceptan; y si no se comprenden hoy, se quedan en silencio con el anuncio de la paz.

¿Quién de los humanos elegiría para Jesús el lugar donde Él naciera? ¿Y quien de los padres aún buscaría pobreza y silencio, lejos del mundo? Nos cuesta aceptar que los hijos no puedan ir a la escuela; nos cuesta aceptar que vivan alejados en los campos perdidos, aún, viviendo de lo poco, ayudando a sus padres en lo poco que puedan hacer, viviendo sencillamente entre el mundo del sol y de los vientos. Jesús hubiese debido vivir en Jerusalén, por lo menos, si no en Roma antigua; sin embargo, nació y vivió allí, en el olvido.

Es más fácil buscar la voluntad del Padre en un mundo simple, no aturdido por el tiempo, no confundido con los falsos progresos.

La realidad de los grandes centros urbanos, el correr, el

trabajo sólo para sobrevivir en condiciones tan ajenas a los principios del hombre, los falsos ideales, las búsquedas de las multitudes, las propagandas que se meten al corazón, eso crea muchas falsas expectativas, perturba, desorienta, descarrila, lleva a las frustraciones. En esas circunstancias es difícil vivir, y menos aún, saber lo que uno busca desde su corazón.

Los profetas vivían retirados, y en lugares desconocidos; vivían sencillo, con trabajos sencillos, con la naturaleza, donde el Señor está al alcance de la mano.

La sencillez de la vida, un ritmo sereno, la vida ajustada a lo necesario y sin presiones, la vida familiar no castigada tanto como en los centros de la civilización, lejos de la política ensuciada por las violencias, todo eso era el ambiente para escuchar al Señor y vivir de la Palabra casi permanentemente.

El Señor habla en todos lados, sin embargo, hay lugares, circunstancias, modos, donde se lo escucha más, donde se vive mejor la inspiración, de una manera más sencilla, pero con mucha claridad, donde no hay duda porque nada perturba; donde hasta es más fácil cumplir la voluntad, porque la vida está más acorde con el Señor y no está tan perturbada ni tan perdida.

Aún, la vida en un retiro comprende mejor la civilización que suele esclavizar, diría, suele estar tan lejos del Señor; mucho de lo que llamamos la civilización ha nacido desde el hombre que se había olvidado del Señor; hoy, la misma civilización hasta se pone contra el hombre, lo esclaviza.

El camino que va recorriendo Jesús en gran parte es entre la gente que quizás no está en los grandes centros; no se olviden de que hay mucha gente que va saliendo hacia el encuentro con Él. Él habla desde los cerros y frente a los

lagos, lo llama el desierto, la gente lo busca cruzando los lagos. Si viene a Jerusalén, habla contra aquellos que no cumplen la voluntad de su Padre, y ellos no lo quieren entender, sino lo rechazan. Es que la vida suele llegar a un nivel donde las cosas se confunden, y uno ni sabe qué es cumplir la voluntad del Padre. Uno elige su propio rumbo y quiere que el Señor bendiga ese camino; pero si no lo bendice se enfrenta con Él; aún, el hombre puede llegar a sentirse dueño del Señor.

En varias oportunidades el Padre confirma a Jesús, su Hijo predilecto, y con su autoridad confirma su camino en el mundo; además, propone escucharlo, porque en la Palabra de Jesús está la Voluntad del Padre. Y los seguidores de Jesús, querían cumplirla; porque Jesús la trae para ellos y para todo el mundo. Lo que pasa es que el mundo se ha ido muy lejos y desconoce la Voluntad del Padre en la Vida y en el Mensaje de Jesús, no es apto para verla; ante todo, no es apto para escucharla.

Al escuchar a Jesús, hacemos un paso muy importante en medio de las búsquedas; mientras no podemos hallarnos de otra manera, nos aferramos a Jesús, ahora, siguiéndolo casi a ciegas, hasta que la voluntad del Señor se haga carne en nuestra vida.

El hombre, en las circunstancias de su vida, tan perdido y alejado del Señor, no puede encontrar sólo por su cuenta la voluntad del Señor. Por eso, el Padre previene a Jesús como camino, y Él quiso reunir a los confundidos en el mundo.

El hombre, al principio, debe hacer los pasos casi a ciegas, guiado por Jesús; o Él le dará la luz que alumbre hasta los caminos en pleno desierto. Es que el hombre sólo por su cuenta está muy limitado en sus pasos, a pesar de que el Señor nunca lo ha abandonado.

Toda la vida de Jesús está al compás del Padre, ni siquiera por un instante Jesús quiere actuar sólo por su cuenta.

Es la vida del Hijo; a pesar de que el Hijo es grande y sabe lo que debe hacer, el Padre está en todo, siempre.

En Jesús está la plenitud del Padre y el Hijo es grande con esa plenitud. ¿Hasta dónde esa vivencia nos sirve para ver al Padre dentro de nuestra vida? ¿Hasta dónde lo que son los padres, lo que nos transmitieron, o lo que quisieron transmitir aún en medio de sus limitaciones? ¿Hasta dónde nuestros padres son la bendición, para nosotros, del Padre de los Cielos?

El enfrentamiento con el Templo contiene el conflicto con el Padre, por no cumplir su voluntad. Este conflicto lo lleva a Jesús por el camino de serios problemas, de desprecio, rechazo y muerte. Jesús entra en una situación difícil; sin embargo, el enfrentamiento, el rechazo, la cruz y la muerte, son lo que el Padre ve como camino para volver hacia Él, un camino distinto de lo que pudiese pensar el hombre, pero eficiente. Es que el Señor nos sorprende con su Proyecto, para llegar por nuestro bien.

¡Cuántas veces en la vida, sólo la muerte aclara!

¡Cuántas veces comprendemos a los padres, sólo después de la muerte!

La oración en Getsemaní nos deja con varias preguntas; Jesús se siente abandonado hasta de su Padre; su oración insistente es la búsqueda del Padre y de su luz, para las horas que le quedan por vivir. Jesús tiene claridad de todo lo que le va a pasar; es la hora del misterio, pero también de plena solidaridad con los hombres que sufren cada día por la obra del Señor. Es el momento de solidarizarse para toda la historia, y para aquellos que, buscando la voluntad del Señor, se quedan en los rincones de la vida, perdidos y

acorralados.

La oración desde la cruz, por los que no saben lo que hacen, está llena de comprensión y de compasión; es por aquellos que actúan y creen que están en su ley, por los que hacen lo que les parece justo. Y si están contra la voluntad del Padre, por la ceguera y por tantos intereses propios que son una ceguera más, sólo aceleran los tiempos del Señor. Hasta el apuro de los del Templo que actúan contra Jesús, sirvió para que la voluntad del Padre se pusiese de manifiesto contra las voluntades del mundo, por más perverso que fuese; es que las cosas del Señor son así.

b. DESCUBRIR LO QUE QUIERE DE MÍ

Para muchos de nosotros, cumplir la voluntad del Señor comienza por cumplir los mandamientos; éstos indican el camino de la vida, un camino para la humanidad y para cada uno de nosotros individualmente. Somos parte de una gran familia, nos corresponde cumplir; sin embargo, el cumplimiento para muchos es como respetar las señales en la ruta. Es imposible la vida sin ese respeto, sin esos principios; vivimos dentro de una sociedad y ella misma nos compromete; si no cumplimos nos obliga, exige, amenaza y hasta castiga.

La sociedad misma sigue influyendo en nuestra conducta, comprometiéndonos, a veces, hasta esclavizándonos. No podemos actuar contra un bien de todos ni arriesgar el bien de los demás. Si bien, la sociedad exige el cumplimiento, en su proceder se guía por el bien común.

Sin embargo, en medio de la exigencia, en algún momento la actitud del hombre se debe transformar en una actitud libre; el hombre debe descubrir su inclinación interior que

lo llevaría hacia el cumplimiento de los principios.

Entonces, se expresa de un modo natural, y lo que surge de su interior no es puramente una obligación, y menos un sometimiento.

Jesús, con sus principios, transforma la actitud humana dándole fuerza del espíritu, y que no fuese sólo exigida, al contrario, promovida en el Señor.

La fuerza interior que surge de nuestro espíritu, en algún momento se debe encontrar con el Señor, el Principio de nuestro interior; entonces, cada actitud nuestra no sólo está promovida en el espíritu, sino más bien, en el Señor; en algún momento el corazón halla lo que podríamos llamar el impulso del Señor, del Padre, y la vida se va a abrir como una expresión de esa Vivencia, que hasta puede ser como una actitud interior permanente.

Quizás, lo que estoy diciendo, pareciese un razonamiento que tendría toda la lógica, pero tomado como algo teórico; sin embargo, en la vida hay cosas que son mucho más que los sueños, si nos damos tiempo suficiente, en medio de la paz que puede venir del Señor.

Lo más importante sería tomar la decisión de cumplir la voluntad del Padre como un deseo, una búsqueda, una intención permanente; más allá de la realidad de hoy, más allá de las convicciones humanas. Hay muchos tiempos en nuestra vida con serias dudas de si seguimos cumpliendo o no su voluntad; pero esa misma predisposición positiva es parte de lo que puede ocurrir, hasta donde podemos llegar; es el principio de lo que podría llegar a ser muy claro; es que podemos lograr la claridad, a pesar de que el tiempo es del Señor, no es nuestro.

Los principios evangélicos que conducen al cumplimiento de la voluntad del Padre, son mucho más profundos que

cumplir los mandamientos; comienzan por la Imagen de Jesús, el primero que cumple la voluntad estrictamente, y por la búsqueda de la perfección desde los mandamientos, casi dándoles una vida y un corazón nuevo. Jesús exige y, a la vez, más bien propone; digo exige y propone, porque las exigencias son para los libres. Los que por hoy no gozan de la libertad interior, sólo están en un camino, por eso pueden sentirse obligados, exigidos. Pero al aceptar libremente, algún día, las exigencias de Jesús podrían transformarse en un fluir desde el espíritu, por lo menos en una parte importante, por lo menos en algunas exigencias. Las exigencias de Jesús tienen propia lógica en el tiempo de nuestra impotencia; mientras tanto, Jesús nos sigue soltando interiormente.

Cada uno de nosotros es un proyecto del Señor, aún irrepentible, particular; y debe hallarse con lo propio de sí mismo, en el proyecto del Señor. Quizás sea eso, por lo que más luchamos en la vida y nos desgastamos en la lucha; es lo que nos cuesta encontrar, peleándonos contra nosotros; y la pelea repercute en el ambiente más próximo; la lucha por lo propio es parte de la vida, es un punto clave que no podemos pasar sin resolverlo; y si no lo resolvemos hoy, mañana seguiremos luchando.

Creo que el verdadero encuentro consigo mismo tiene que ver con eso; es la respuesta a lo que el Señor quiere de la vida; y la preguntas están en cada uno de nosotros.

Cada uno de nosotros quiere hallar su lugar en el mundo, y lo encuentra si llega a verlo, no desde sí mismo sino desde el Señor. Y la vida se debe expresar como una corriente de Él, en medio de una vida tan concreta como la nuestra; sin embargo, prevista por el Padre, con todos sus detalles.

Nuestra vida ha recibido todo, y aún estaba previsto desde el principio, para que pudiese realizarse ese proyecto; y si

el mismo no realiza, es porque lo que el Señor nos ha dado, no está bien aprovechado, o es utilizado para otras cosas. Sin embargo, hasta los fracasos están asumidos por el Padre, y éstos también Él puede utilizarlos para un bien.

Los proyectos del Señor se realizan frecuentemente dentro de circunstancias muy adversas a sus principios; por eso tienen tiempos de frustraciones, de mucha confusión, hasta de destrucciones, si no en su totalidad, en gran parte sí. Pero hasta estas situaciones pueden ser aprovechadas para un bien, para que la claridad del proyecto sea aún más evidente, para que la mano del Señor sea aún más visible; y quizás, para que el proyecto del Señor sea más grande aún, más eficiente.

Creo que la lucha por la libertad, tan grabada en nuestro ser, tiene matices de una lucha por lo que el Señor quiere de la vida. La lucha por la libertad puede tomar formas equivocadas, humanas; puede confundirse con las cosas secundarias, detenerse en lo que no tenga importancia; pero en realidad, está el hombre en medio de una sociedad, quien se busca a sí mismo. No siempre cuando dice que ha encontrado lo que buscaba, es cierto, por eso, va a seguir buscando, hasta que logre lo que debe lograr. Entonces, la visión de la libertad y de la liberación será mucho más amplia, con una perspectiva enfocada verdaderamente desde el Señor.

Señor, he luchado mucho en mi vida; he luchado a vida y a muerte, caminando entre lo tuyo y lo mío, si hay algo que sea mío. Buscaba tu voluntad y hacía mis cosas, con esas incoherencias que suelo tener.

Pasaba el tiempo, pasaba la vida, tu luz en mi vida se confundía con mis pensamientos; tus proyectos con mis planes, llenándome de amarguras vivas, de inseguridades.

Pero éste fue tu camino por donde quisiste llevarme en medio de tantas oscuridades; así me trajiste aquí, así estoy, quizás más tranquilo, más convencido de que lo tuyo sigue realizándose, a pesar de mis cegueras y hasta de caminar en contra. Por eso tengo paz, mientras que lo tuyo sigue retomando claridad, por lo menos por hoy.

Si tu proyecto ha vencido tantas cosas en mí, si quieres, ponme en medio del mundo; si quieres, úsame en tu tarea contra los proyectos de los hombres. Es que ellos sólo por su cuenta, no abandonarán sus proyectos, no volverán a lo que tú quieres, a lo que tú buscas de la vida.

Ponme en medio de la vida humana y que mi vida esté a tu servicio, para que tus proyectos se realicen, que se cumpla tu voluntad; hoy te pido eso, por lo que libremente quiero entregar mis fuerzas, que son tuyas desde siempre.

Cada día, los seguidores de Jesús rezan por la voluntad del Padre en este mundo. La oración se transforma en una ola que sigue inundando, y llegará el día de cumplirla, porque las palabras con fe se transforman en la vida.

Cada día, los seguidores de Jesús lo verifican, preguntando si sus vidas son una respuesta; la fuerza de la oración llega cada vez más lejos. Los seguidores de Jesús proyectan un mundo nuevo, construido sobre el pensamiento del Señor y no de los hombres.

Que se unan las voces, que se unan los corazones, y que se despierten los espíritus; que se cumpla la voluntad del Padre.

5. DANOS HOY EL PAN DE ESTE DÍA.

a. PEDIR EN EL NOMBRE DEL SEÑOR

Nos cuesta aceptar la vida mientras necesitamos pedir todo, sin tener la seguridad de que el pedido sea atendido con respeto. Se conocen casos en los que el capricho de quienes dependemos puede ser más fuerte que la urgencia de uno de los hermanos; sin embargo, se eligieron esas formas de vida para aprender a vivir en una dependencia que nos puede llevar a un buen fin, si está acompañada de la oración y la paciencia. En fin, dependemos de nuestro Padre, y somos menos que hijos pequeños, indefensos.

Al pedir, nos ponemos en una situación incómoda, porque hemos olvidado nuestro lugar; pero pedimos al Señor, a pesar de que su Imagen en el mundo haya perdido su transparencia; también, nuestra independencia se fue tan lejos que nos cuesta reconocerlas, y es difícil volver atrás. Son esas costumbres que ya tocaron a nuestro espíritu, con una falsa libertad que busca su camino sin dependencias; queremos ser una pequeña parte que quiere desprenderse, entonces, no sirve; aún, queremos ser una pequeña gota que quiere saltar del vaso, entonces, ¿quién la va a tomar? Se pierde el sentido y el destino de las cosas y de la vida.

Si es que no sabemos pedir el pan de cada día, preferimos tenerlo asegurado para mañana y pasado mañana; porque así nos parece estar más seguros, más independientes del mundo, también del Señor. Sin embargo, entramos en otra clase de dependencias mucho más humillantes, de los que no nos damos cuenta: las dependencias del dinero, de otras personas, de nuestra conflictividad, de una preocupación enfermiza, de una debilidad que suele ser cruel; en fin, dependemos de alguien o de algo, y si perdimos el hilo de

la primera dependencia nos atamos a las dependencias comunes, casi vulgares, humillantes, que degradan a la persona.

Antes el hombre dependía de la tierra del Señor, Quien le daba el pan de cada día, no le daba demasiado, pero le alcanzaba para vivir. Vivía humildemente de lo que le brindaba el Señor, sabía respetarlo y confiar en Él en medio de una situación limitada.

El hombre tenía menos ambiciones, menos aspiraciones, y creo que era más feliz. No digo eso para volver atrás, porque la vida no vuelve fácilmente, sino encauza nuevos pasos; el agua de la vida encuentra sus cauces dentro de nuevas circunstancias, y la misma vida se presta para que el hombre se encuentre, a pesar de que el camino pueda ser bastante doloroso y tortuoso, entre las nuevas sorpresas que la vida suele dar con abundancia.

El hombre de hoy depende de un sueldo, depende de una jubilación, y no sabe si le van a pagar a tiempo, depende de la luz que se la pueden cortar a cada instante, del gas que le suelen limitar cuando más lo necesita, del agua que le dan de a gotas sueltas. Hay dependencias artificiales creadas por la civilización que son tremendas y presionan mucho en medio de las realidades a las que seguimos acostumbrándonos; las dependencias ya casi no duelen, sin embargo, roen por dentro.

En un instante se corta la luz de una ciudad y si cierran los supermercados, aún nos quedamos con algún dinero en la mano que valdría sólo como cualquier papel. Alguien se preguntaría, qué pasa en tiempos de guerra; a veces, ésta suele ser una salida provocada por el hombre, para ir creando la dependencia, mientras el hombre se defiende de la dependencia del Señor.

La oración de pedir comienza cuando empiezan a faltar las cosas; aquellas que consideramos justas para nosotros y no las tenemos, y todavía alguien, como un juez injusto, las posterga. La demora en la satisfacción de estas aparentes necesidades puede despertar nuestras rebeldías y las luces del Señor; una vez no recibimos lo que pedimos y la vida sigue igual, todavía mejor, más liviana, más libre; otras veces recibimos, pero en un tiempo distinto que puede ser bueno, porque mientras tanto crecemos en muchas cosas y quizás recibimos otras que serán mejores, necesarias para nosotros. El tiempo sigue cortando nuestros proyectos que suelen ser desvirtuados por nuestra realidad.

Quien pide a Dios Juez, si recibe algo, recibe de un Dios Juez; quien pide a Dios Padre, recibe de un Dios Padre; aún las mismas cosas, una vez parecen arena de la tierra y otra vez granos de trigo. Todo depende de nuestro modo de ver, valorar, respetar, depende de nuestra relación interior. Entonces, hasta es más fácil esperar confiando, dejando todo en manos del otro, percibiendo bondad, preocupación, respeto. En la medida en que crecemos en nuestro corazón, el Dios Juez puede transformarse en un Dios Padre, no porque Dios se haya hecho distinto y haya ablandado su corazón, sino que nosotros hemos cambiado.

En muchos casos, la vida nos llevó sola, nos dejamos llevar por ella: la vida organizada a partir de necesidades creadas artificialmente, el tiempo acelerado, las tareas programadas, las profesiones; pero no nos olvidemos de que vivimos en un mundo donde hay cosas y cosas, hay muchos proyectos humanos que tienen su desarrollo según los principios humanos, y hay también un ritmo de la obra proyectada por el Señor. Y nosotros estamos en las dos partes, frecuentemente sin querer, sin embargo, estamos y la vida sufre las consecuencias; por eso se nos hace tan

difícil recuperar la vida en los principios del Señor. Si les digo, no es para asustarnos, sino para que lo veamos, porque la gracia está dentro de esa visión. Aún, es difícil prevenir las respuestas, a veces hay que llevar la vida como es, como una cruz, una enfermedad, hasta como una desgracia; otras veces, llega la hora de actuar, aún de rebelarse, de buscar nuevos rumbos que no siempre son claros, y suelen ser apresurados, confundidos. Pero es cierto, la vida cotidiana tiene influencias del mundo tan fuertes que nos perturba; por eso no tenemos paz.

Por alguna razón, decía Jesús a sus discípulos que no eran de este mundo, aún quería sacarlos del mismo; pero luego, quiso que volviesen con un nuevo estilo de vida para alimentar al mundo con lo nuevo, con la presencia del Señor en la vida, una presencia que debe despertar nuevos caminos, nuevos proyectos de vida, hasta en las cosas casi cotidianas. Jesús buscaba cómo organizar un mundo según los principios del Señor y no de los hombres.

Es cierto, la vida común del hombre es tan distinta de lo que debería ser; sin embargo, el hombre no lo ve, prefiere no verlo; se siente impotente.

b. LA POBREZA DE FRANCISCO

Hablamos de la vida que comienza en el Señor, desde el agradecimiento por la gracia de vivir, del primer respiro, desde el pan que necesitamos, que viene del Señor; desde las condiciones de la vida que deberían ser justas, desde la vida donde el Señor entra en todo y Él, realmente, toca la realidad y la proyecta como debe ser, en un clima de amor, desde una paternidad permanente, en el clima de felicidad; quizás en circunstancias que ni siquiera nos imaginamos; sin embargo, en esas circunstancias de vida hubiésemos sido mucho más felices y más realizados.

Mientras tocamos el tema de la vida, hay mucha inquietud, no tanto el cuestionamiento, sino más bien la inquietud.

Estamos en esas búsquedas, hay buenas intenciones, aún, hay inquietudes por el Reino, por el Proyecto del Señor, por su voluntad en medio de la vida; hay preocupación por los verdaderos cambios. Muchos gritan por los cambios, los intentan, presentan las soluciones, algunos proyectos.

¿Cuántas veces preguntamos si la Iglesia tiene razón o no?

¿Cuántas veces sugerimos algunas salidas? Es que frente a una realidad que seguimos viviendo, la que nos desespera, buscamos proyectos que solucionarían la realidad. No sé si la solucionan, a veces, tan sólo la sostienen en ciertas circunstancias y por algún tiempo sirven.

¿Cuántas soluciones se presentaron en el último tiempo, en la Iglesia y el mundo? No sé si el mundo anda mejor; de todos modos, esas visiones nos preparan o presienten lo que viene, lo que vendría.

Las soluciones que están al alcance, comúnmente sirven para mantener un modelo establecido, una realidad que sigue rompiéndose. Entonces, se buscan arreglos cada vez más fuertes, más decididos que despiertan esperanzas, por un tiempo calman, y así seguimos, ¿hasta dónde?; hasta una solución más con nuevas esperanzas; es que a muchas de las soluciones las proyectamos en medio de la realidad confundida con el mundo, con los proyectos del hombre; por eso mismo, las soluciones que proponemos tampoco son claras; entonces, ¿qué podemos esperar?

La situación en que vivimos no representa un principio puro del Señor; y de esta vida, de esta visión, se proyectan los cambios que tampoco tendrán claridad; sin embargo, sirven para sostener la realidad, pero no para proyectar una renovación verdadera.

La situación en que seguimos viviendo, también la de la Iglesia que quiere enseñar el Reino de Dios, abren algunas

perspectivas hacia ciertas decisiones. Ante todo, ayudan a comprender la realidad, y a saber lo que podemos esperar y, a la vez, a pensar en lo nuevo que debe venir con los principios del Padre en toda su dimensión.

El camino que ha hecho san Francisco con sus seguidores en aquel tiempo del siglo trece, sirvió para impulsar los cambios en la Iglesia. Luego, la Iglesia vivió su primavera en aquel entonces, y la siguió viviendo por mucho tiempo; era la inspiración del Señor para renovar la Iglesia en los fundamentos. En aquel tiempo, los seguidores del Pobre de Asís eligieron un estilo de vida que sorprendió a todos, pero fue eficaz; el estilo de vida se proyecta con el tiempo, como razonable.

La misión de Francisco sirvió para renovar la Iglesia, con una vida sencilla, reconstruida sobre el principio divino. Si se habla de la pobreza, es porque había que desprenderse de lo material, para hallar un equilibrio en lo espiritual. De hecho, era abandonar los proyectos humanos en medio de la vida, para iniciar la vida inspirada en el Señor.

En fin, si nos cuesta entenderlo, viene la hora para poder comprenderlo mejor; y los tiempos vienen.

He vuelto en mis reflexiones a san Francisco de Asís, para conocer mejor nuestro lugar, lo que podemos ofrecer por el Reino, por la Iglesia; nuestra actitud tiende hacia lo positivo con las esperanzas y expectativas de los cambios. Sin embargo, ese cambio se asocia con el corazón nutrido en el Señor, el corazón que sabe hallar el camino en medio del proyecto, que sabe encontrar el eje en la realidad del Señor en el mundo; aún sabe ser portador de la gracia de un modo tan eficiente que provoque cambios reales, no sólo de ciertos arreglos. Hablo de san Francisco, porque él fue el camino del Señor en aquel entonces. Si hoy queremos hablar de la nueva renovación en la Iglesia, el camino no está lejos de lo que hizo san Francisco.

Sospecho que aún más radical, aún más abierto, aún más iluminado; porque la crisis de la Iglesia en el mundo es aún más compleja y comprometida.

Nuestras reflexiones toman casi las formas de un sueño; están en medio de una lógica que se comprende mejor, mientras no necesitamos decidir, y no entre en juego nuestra vida y el compromiso. Independientemente de las decisiones que tomamos, por lo menos, tengamos noción de qué es lo que podamos esperar, para no esperar demasiado. Nos quejamos de la realidad, y esperamos las respuestas y reformas, soñamos, a veces, que la gente nos responda, soñamos en un nuevo cambio, sin embargo, no tenemos motivos para esperar; a la vez, hay tantos proyectos, tantas iniciativas; aún esperamos las respuestas, pero no sé si tenemos derecho de esperarlas; si no tenemos derecho, ¿para qué anticipar falsas expectativas?

En fin, hallemos nuestro lugar, y seamos realistas sinceros.

San Francisco eligió un estilo de vida que lo llevaría hacia el camino a recorrer, similar al camino de los discípulos de Jesús. No sé si sus seguidores lo entendieron, porque el tiempo que vino iba apagando los ideales primitivos, y la Orden perdió el primer impulso y la primera inspiración; pero es cierto que nos ha dejado la inquietud, como que habría que volver a lo que él buscaba, quizás, con nuevas experiencias luego de tantas cosas aprendidas. El regreso al discipulado de Jesús se vive como un sueño, hoy es un sueño que tendría sus motivos, y creo que es la hora.

San Francisco tuvo una intuición muy próxima de lo que podría ser el discipulado; su paso era como abrir un poco el velo para ver por un instante algo, ese algo es lo que él intentaba en aquel entonces.

Cabe preguntarse: ¿cómo cambiaría la vida, si las cosas

materiales significasen sólo tener el pan cotidiano, el pan que alcance para hoy? ¿En qué sentido cambiaría la vida y cuántos cambios provocaría?; siempre pensando que los cambios son lentos, que el orden interior se recompone en el tiempo, sin descuidar la oración como parte vital para mantener la vigencia del Señor, guardando su presencia, su paz; ¿en qué sentido cambiaría nuestra vida?

En la historia también tenemos la imagen de un Pueblo, al que el Señor alimentaba, dándoles cada día lo suficiente; y ese Pueblo tiene su camino. Creo que estas experiencias, aún revividas en paz, están en los cimientos de la gran reconstrucción de la vida y llevan a ver el Proyecto del Señor. Aparentemente, sería un camino como exagerado, sin embargo, es un modo para descubrir el equilibrio entre lo material y espiritual en nuestra vida. Como el mundo se fue muy lejos en lo material, es como si necesitase pasar al otro extremo para encontrar lo justo; si es que la vida es justa con lo que necesita, sólo por hoy.

Jesús propone un modo de vivir que al principio parece muy extraño y molesto. Mientras tanto hay que recorrer el camino de los cambios que traspasan nuestro interior. Los cambios repercuten, son como consecuencia de un nuevo estilo de vida.

Los discípulos vivirán sus guerras interiormente, hasta que se aquiete el corazón y comience a vibrar con la presencia del Señor y consecuentemente, se exprese de Él. Entonces, el tiempo del discipulado no es sólo del desprendimiento, sino es necesario para que prenda la Presencia del Señor. Sin Ella, bien arraigada en lo más profundo, no se puede hablar del Proyecto del Señor; es que la vida prende en medio del desprendimiento; pero no renace si seguimos apegados a las cosas del mundo.

Si Jesús está presente es porque quiere acompañar y con su poder del Padre, proyectar la presencia del Señor en la

vida. Jesús conoce el modo, el tiempo, conoce su alcance y el modo de los cambios; su Palabra, su explicación tiene sentido porque expresa lo que sigue pasando en el interior de los discípulos. No es una palabra cualquiera, sino más bien, es una respuesta a lo que pasa, siempre con una perspectiva de un futuro real, con una coherencia.

Es un acompañamiento perfecto, una asistencia plena que debe servir a los que quieren acompañar a los hermanos en el camino del crecimiento espiritual.

Sin embargo, la comprensión parte del camino conocido: los que se han desprendido de lo material para asumir lo espiritual, conocen el camino de los cambios para poder acompañar a los seguidores; es el único modo y es válido.

Los que han llegado a la altura de lo espiritual, saben que son pocas cosas que necesitan para vivir y ser felices. Lo demás es sólo un equipaje pesado que desgasta. Y si es cierto que en su vida debían pasar desprendiéndose de las cosas, entienden cuántas ataduras interiores corresponden a lo material. Se necesita tan poco para estar bien y a la vez libre, porque el Señor es tan grande y llena tantas necesidades.

El mundo necesita testigos de un desprendimiento pleno.

6. Y PERDONA NUESTRAS DEUDAS,
COMO NOSOTROS PERDONAMOS
A NUESTROS DEUDORES.

a. UNA RECONCILIACIÓN VERDADERA

El perdón está también en el centro del Evangelio; sin el perdón no hay reconciliación, y sin la reconciliación no existe la reconstrucción de los principios.

La reconciliación con todo el pasado en nuestra vida hace que la gracia del Señor toque la realidad de una manera tan profunda, que no sólo nos deja en paz, sino que el pasado se pone al servicio de lo Proyecto del Señor, hoy y por el tiempo que viene. Creo que he dicho mucho con tan pocas palabras, y lo dicho es demasiado grande para que podamos asumirlo con facilidad; no es sólo la cuestión de un entendimiento, sino más bien, es vivirlo y sentirlo en sí mismo; y si llegamos a verlo, es porque el Señor es muy grande en nuestra vida.

El Señor con su Presencia envuelve toda nuestra realidad, envuelve la vida llena de culpas, de miedos y de penas; su presencia llena de paz, de amor, toca lo muy débil, lo confundido, lo perverso; aún, toca las heridas, el dolor y la vergüenza, aliviando el peso de nuestra vida, dando la paz. Si vamos asumiendo al Señor, Él con su luz llega hasta las profundidades del mal que nos carcome; y la vida recobra su fuerza verdadera.

Muchas veces intentamos comprender el camino del mal en nuestra vida, aún tratamos de comprender el porqué de nuestra actitud; y pareciera que siempre llegamos a una situación sin salida; si queremos responder frente a ella, intentamos justificarnos o nos juzgamos y castigamos.

¿Cómo comprender la maldad que nos carcome y nuestro

camino equivocado? ¿Quién lo comprenderá? Nos costaría la vida y más aún, y quedaríamos en el mismo lugar donde habíamos comenzado. A pesar de que la culpa corroe hasta los huesos y el espíritu, la maldad se queda más allá de nuestra comprensión; entonces dejemos que nos toque la luz del Señor esperando comprendernos y, para nosotros, nos queda orar para que llegue la paz.

Cuando se despiertan las culpas y las penas, nos queda tan sólo orar y orar.

Orar es un medio que sirve, mientras nos acosan las culpas y los miedos. El Señor con su luz nos hace ver la realidad cada vez más hondamente; si aún nos inspira para orar es porque ése es el camino. La gracia del perdón está bien percibida mientras oramos, frecuentemente con penas; así el Señor sigue transformando a la vida en un futuro feliz, dentro de su Proyecto.

Cuando Jesús perdonaba, con su Palabra tocaba con fuerza al corazón entristecido, lleno de penas y culpas, y la vida recuperaba el impulso; la voz de Jesús resonaba en medio del espíritu, iniciando un camino lleno de esperanzas.

Luego venía el tiempo de esperar; mientras lo nuevo nacía y otras realidades iban muriendo, comenzaba la vida llena de esperanzas, entre lágrimas por el pasado y la alegría por lo que iba llegando. Quizás, de ese modo seguían por mucho tiempo, así el Señor iba plasmando una vida muy grande; el pasado quedaba como testigo para la gloria del Señor.

Lo perdonado se mira ya sin miedo, sin tristeza, casi con reverencia, como testigo de la gracia, donde se vuelve con frecuencia para recordar la bondad del Señor, encontrando nuevas fuerzas que se van despertando a cada instante.

Quien ha llegado a vivir el perdón ha llegado a ser libre y,

a la vez, surge despierto para hacer el bien. El bien nace de un corazón pacificado y agradecido; nace libremente.

En medio de la maldad perdonada aún están los proyectos destruidos; y está una vida equivocada, quizás por mucho tiempo; hoy el Señor acepta mi vida y de aquí comienza todo. El Señor lo está incluyendo en su nuevo proyecto reconstruido de las cenizas, porque no hay nada imposible para Él. Donde me quedé en el camino, Él comienza lo nuevo. Lo misterioso es que el Señor no sólo nos salva, sino que su Proyecto es aún más maravilloso.

Siempre quedan las cicatrices que solemos llevar hasta el fin; sin embargo, como están salvadas, irradian paz. Si son testigos de otro tiempo casi perdido, hoy llaman a la paz; se despiertan como fuentes del amor, es que el Señor de lo más débil en nuestra vida hace el fundamento de un futuro feliz. Son las cicatrices de una vida que ha sido muerta y ha resucitado, para dar testimonio del paso que es grande, y que sólo es posible por la presencia del Señor con su obra salvadora.

La verdadera reconciliación anticipa el perdón, y el mismo lleva a la paz. Es una realidad tan grande en nuestra vida, y tan incomprensible para el hombre; es un acto del amor muy grande, del Señor; es posible vivirlo, porque su amor fluye, mientras el hombre se deja impregnar en el tiempo del Señor. Frecuentemente la vida está tan seca que el agua pasa por arriba por mucho tiempo, como suele pasar por las piedras; sin embargo, en el tiempo se hace tierra y todavía fértil, para recibir la vida.

Señor, tú sabes que mi paz es tuya; es tan escasa y tan débil; y me haces ver por qué. Es que mi vida está llena de cosas que aún no las he asumido; tiene realidades que, al

*recordarlas, sólo me pesan, me humillan.
Entonces, vuelvo y me siento triste; vuelvo y quiero huir
cuanto antes. No obstante, espero tu tiempo, tu perdón; y
cuando vuelvo y estoy mal, tan sólo oro esperando.
Mientras tanto, intento escucharte.*

*Mi vida está deteriorada, fue herida tantas veces, no hay
partes sin dolor; es que la maldad es tan profunda en su
herir. Por eso, Señor, mientras mi vida se va aliviando,
siento cómo entras Tú, presiento dónde está tu paz, tu
comprensión; es que tu perdón me hace ver hasta dónde
llegas en tu tiempo.*

*No sé Señor si en mi vida puedo llegar a sentirme libre,
pleno; quizás no me haría bien, quizás no te buscaría
más; me quedaría en el tiempo, desprovisto de la vida, de
las realidades que pueden pasar. Pedir la libertad para
siempre quizás sería demasiado; sólo te pido que estés y
no dejes que me hunda; que estés atento, que me salves
siempre; soy tu hijo y tú me comprendes.*

b. SÓLO EL SEÑOR NOS SALVA

El problema del perdón nos toca a todos; los que tratan de resolverlo con los medios humanos, también quieren hallar las soluciones. Frente a una realidad que está en contra de nosotros, el hombre reacciona; algunas veces, trata de huir u olvidar, otras, intenta no hacerse problema y, en cierto modo, explicarse, justificarse; sin embargo, son los medios que funcionan por un tiempo, hasta llegar a un conflicto aún más profundo, a una crisis más grave; en fin, el hombre hace lo que puede hacer, mientras sobrevive.

El aporte que las ciencias humanas quieren brindar al hombre desde un conocimiento puramente humano, es tratar de aliviarlo, acompañándolo en medio de la realidad

que, a lo largo del camino, se hace poco solucionable. Lo peor es que el hombre vive sus esperanzas, entonces, sus ilusiones lo perturban; es como un niño que se anima y desanima,

No quise cuestionar las búsquedas del hombre, sino digo que él, por sí mismo, no se comprende ni mucho menos tendrá fuerza para resolver su vida.

Una visión humana que pasa por el corazón del creyente, se va transformando en su interior, se hace distinta, más profunda; y es cierto que quien sabe mirar espiritualmente a la persona, desde el Señor, tendrá una visión de la vida más amplia; y si es más amplia, la ayuda al hermano es mucho más profunda. Quien ve más profundo, ayuda más, siempre y cuando se dé el tiempo, porque el modo de ver, de mirar la vida se despierta poco a poco. La claridad no viene fácilmente; además, hay mecanismos que impiden la visión de la vida, son parte de las crisis, de las esclavitudes interiores.

Creo que más importante en la apertura a la problemática del hermano, es la paz que podemos transmitir; es parte de la armonía interior, pero también, es una gracia, porque se puede transformar en el río que se abre para los hermanos; se hace el clima de la apertura, de la comprensión más profunda, a la vez, despierta serenidad, confianza; porque la persona se ve respetada, por eso se abre sin vergüenza, o por lo menos, no tiene tantos reparos.

Sabemos que la apertura es muy importante para resolver la problemática; sin la paz no hay posibilidad para entrar en lo profundo de la vida; sin darla, no podemos ayudar.

Una cosa más, que a mi simple opinión quiero expresar, es que si las ciencias humanas, por un lado, pueden sentirse omnipotentes o guardar el monopolio de las soluciones;

por otro lado, de antemano califican los casos, descartando en algunos, la posibilidad de resolverlos. En esto estamos lejos de las filosofías intuitivas, muy lejos de las creencias; no quiero decir que las cosas se resuelvan de una manera mágica, pero es cierto que, en muchos de los casos, la vida cambiaría si alguien se quedase con la esperanza del cambio, en el clima de la paz que podría ir recibiendo. El camino es muy difícil, pero hay tantas realidades que se resuelven, mientras las ciencias dicen que no.

El hombre que no cree en una solución en los fundamentos de su vida, debe aceptar de una manera casi artificial sus soluciones; a veces, algunas medicaciones que sólo frenan la actitud o atan interiormente, de un modo artificial para sobrevivir en el tiempo. El hombre se hace esclavo y lo ve, también ve su impotencia; es que la vida si no asume los cambios profundos, se queda esclava de algo o de alguien, pero no del Señor. Siempre debemos depender de alguien, yo prefiero del Señor, si es que puedo; sin embargo, la conflictividad misma es una actitud contra el Señor. El hombre que está con sus conflictos busca muchas cosas y a veces, el Señor es el último.

En la medida en que nuestra vida se pacifica frente a los conflictos, a la vez se hace comprensible, feliz en el Señor; y Él, de nuestra vida, se hace como un camino para tantos hermanos que están mal y que siguen buscando. Es un camino aparentemente insignificante, sin embargo, eficiente en la vida; es un modo de trabajar en el silencio, pero con eficiencia. Los que siembran la paz aún se ponen al servicio de la reconciliación y la transformación de la vida para todos a quienes encuentren en el camino.

Enfrentar la vida en toda su dimensión, para aquellos que

están mal, no es una cosa sencilla; porque la realidad es pesada, el tiempo se vuelve en contra y el Señor casi no viene para socorrer; es que no lo ven, no le creen; por eso buscan el apoyo de alguien y deben buscarlo, aún deben apoyarse hasta que se encuentren.

La seguridad del hermano es tan importante en el camino de la transición, mientras las guerras y confusiones casi destruyen; sin embargo, es el tiempo de la reconstrucción de la vida del Señor.

Es importante ver cómo el Señor cambia los fundamentos de la vida donde puede apoyarse el hombre; justamente, los conflictos son partes mal apoyadas casi en un vacío humano, por eso, tantas inseguridades, tantas ansiedades y necesidades proyectadas por el hombre.

Si es que la vida debe apoyarse en el Señor, en Él, debe hallar las fuerzas de la vida, de la paz, del amor; mientras tanto, deben destruirse las falsas expectativas, los falsos apegos, un amor confundido, perdido, los sentimientos confusos, los miedos que despiertan tantas sensaciones que son falsas y también transitorias. Creo que los que se acercaban a Jesús, no siempre veían al Señor del primer momento; no siempre venían a pedir pan, pero tampoco seguían buscando únicamente las cosas eternas; veían en Él la realidad humana, hasta podían confundirse.

Y Jesús supo esperar con serenidad y libertad interior; por eso da tiempo hasta que se aquieten el corazón y la mente.

La guerra en los sentimientos es consecuencia de la crisis interior; es la realidad que asusta; si no está asumida con confianza, en paz, sólo puede confundirnos más aún, hasta destruirnos. En fin, lo que digo, lo comprenden aquellos que pasaron por la crisis, por ejemplo, de la depresión; ellos saben cómo se confunden las vivencias y qué confusión pueden vivir en un tiempo de ayuda de los

hermanos, hasta los miedos, a veces, de no hundirse más de lo que estaban. Sin embargo, es un camino de búsqueda cada vez más honda, hasta encontrar el fundamento real, el del Señor, desde donde se aquieta la vida y se encuentra la fuerza, la serenidad y la libertad. Por supuesto, la ayuda se hace más posible en el caso de los hermanos, si por lo menos, uno de ellos está sano y libre, En el caso contrario, se van confundiendo, sufriendo, cuestionándose y, en fin, justificando cosas que, antes, no lo hubiesen hecho.

Con esta reflexión cierro lo dicho en este capítulo: hemos hablado del perdón que pasa por el corazón como gracia, como luz y poder del Señor, recibidos ante nuestros ojos; una realidad que nos llena de paz y, a la vez, se abre hacia la nueva vida, donde lo viejo y lo malo se transforma en lo nuevo, en lo del Señor.

Hemos hablado de la comprensión; la vida se hace más comprensible en el Señor, hasta la debilidad se hace más comprensible a la luz del Señor. Todo esto es un camino a recorrer entre la oración y la reflexión, luchando por un Dios, Señor y Padre, que toque entrañablemente nuestra realidad.

En fin, es también adquirir una sabiduría de la vida, la del Señor; con ese espíritu debemos salir a nuestros hermanos, llevando la fuerza del perdón, lo que el Señor ha brindado en nuestra vida. Entonces, podemos esperar cosas grandes en el tiempo del Señor; y a lo mejor, Él nos ilumine para que nosotros, con nuestra vida y nuestra palabra que es su gracia, impulsemos los pasos del Señor en la vida de los hermanos.

7. Y NO NOS DEJES CAER EN LA PRUEBA, SINO QUE LÍBRANOS DEL MALO.

a. BUSCAR LA FUERZA VERDADERAMENTE

Nuestro camino siempre está entre el bien y el mal; es que la vida en este mundo es así; no podemos imaginarnos que nos toque sólo lo bueno, aislado de las influencias del mal. Si hay influencias del mal, suelen tocar profundamente y perturbarnos por dentro; es que no hay otro camino, mientras vivimos en el mundo.

La vida es como una permanente vuelta a los principios, un permanente regreso al Señor; podemos decir que Él está en la vida como un principio, como una iluminación, una inspiración y un movimiento en medio de la misma vida, a la vez, hay una búsqueda del Señor; por allí, es como si se nos escapase, entonces, hay inseguridad, hay miedos, hay desesperación.

Con sólo estar en el mundo, nos toca el mal que puede llenar nuestra vida. Dije una vez que el agua debe pasar entre las tierras; por más pura que fuese, ha de pasar por las tierras, por este mundo; entonces se ensucia, se mezcla con las tierras hasta confundirse, hacerse negra y sucia.

Pero esa agua también sirve y la tierra se alimenta de ella, se nutren las vidas; también sirve a pesar de que se pierde en la tierra. Es que la vida entra, pero no puede perderse, siempre debe ir renovándose desde los principios, desde las fuentes; de otra manera no podría enfrentar al mundo ni mantener su fuerza y su influencia por mucho tiempo.

Por eso, al estar dentro del mundo, nuestra vida puede confundirse; la influencia del mundo suele ser fuerte y nos puede llevar por su rumbo, a veces lejos, confundirnos y hasta darnos sus luces que no parecen tan opacas; y esas

luzes iluminan un camino confuso, ¿a dónde y por cuánto tiempo?

Las confusiones llevan a nuevas confusiones; éstas generan otras, ¿hasta dónde? En ese camino tortuoso queda nuestra vida y están las vidas que deben salvarse. ¿Y nosotros? No podemos perder el hilo, el recuerdo de la presencia del Señor, quien salva a los hermanos y nos sigue salvando; es que, si nos salvó una vez, nos sigue salvando. Mientras tanto, la vida no está libre de nuevas realidades que la ponen en riesgos.

Quien quiere liberarse de las cosas del mundo, debería encerrarse en un paraíso, si es que encuentra un lugar libre de las influencias del mal. El mal está en los lugares más sagrados, y si está escondido, su influencia es más astuta aún. No hay posibilidad de huir del mal, tampoco hay que salir a enfrentarlo por sólo querer hacerlo; pero hay que salir armado desde el Señor.

Sin embargo, Él permite que las heridas causadas por el mal, toquen nuestro corazón, y no hay modo de huir.

En medio de esas heridas hay un nuevo paso por donde el Señor nos lleva, para que la vida se fortalezca en Él; y si somos pacientes, podemos descubrirlo como su Gracia.

Los discípulos de Jesús salieron a expulsar los demonios y se volvieron, porque los demonios eran fuertes.

Quizás vuelven asustados y preocupados; ellos salen con su primer entusiasmo, convencidos de que el mundo del mal se arrodillaría ante su paso, y se quedan con miedo, humillados. Entonces, Jesús les habla de la oración y del ayuno como camino para adquirir nuevas fuerzas del Señor. Y quizás, con el tiempo, sienten que sus vidas se hacen más fuertes, más definidas en el Señor; a lo mejor, cuando vuelven al mundo, las cosas son distintas; es que sus vidas se fortalecen dentro de las pruebas que pasan.

El ayuno es uno de los modos del desprendimiento de las cosas del mundo, el que nos toca más de cerca; es una forma de la lucha entre lo material y lo espiritual, para buscar el equilibrio y consecuentemente la fuerza que brota del interior.

Se hablaría de una práctica, de un camino, y no sólo de los gestos esporádicos, perdidos, que también pueden servir; con seguridad existe una visión mucho más compleja del ayuno acompañado de la oración, que atiende todo lo que se despierta en el espíritu, para reencontrar el camino del crecimiento. En algún momento se podría hablar de un método, con un pleno conocimiento de los cambios que podría vivir el hombre, mientras ora y ayuna.

En el ayuno y la oración buscamos la paz y la armonía en medio de la ansiedad del hombre. Las ansiedades se van transformando en las fuerzas, se expresan de distintos modos, tratan de llevar a algún equilibrio en las vivencias, para superar un equilibrio falso que, por ahora, lleva a la vida. Los dos, el ayuno y la oración, nos llevan a un equilibrio coherente; y tratan de sostenerlo, aún en medio de las circunstancias muy conflictivas.

El ayuno y la oración siempre llevan a la crisis, porque de por sí provocan un nuevo desequilibrio en medio de las vivencias en parte ya establecidas, aún como equilibradas, y la crisis lleva a la confusión. Más allá de la crisis y la guerra, el ayuno y la oración intentan llevar la vida a un equilibrio desde el Señor.

Sí, hay que actuar con prudencia, con paciencia; y con una dirección espiritual coherente, que incluye las vivencias interiores provocadas por el ayuno y la oración, hasta que se establezca el principio de la paz y de la armonía, desde el interior; digamos, el principio de la fuerza interior.

No tiene demasiada importancia la manifestación exterior

de los cambios, en la lucha frente al mal; esos cambios superficiales pueden engañar y alimentar nuestro orgullo, nuestra vanidad. Lo importante es que la fuerza del Señor llegue profundamente al corazón, y comience a roer desde lo profundo, en el tiempo de Jesús, al enfrentar la vida en sus principios.

El cambio se manifiesta de distintos modos; uno quisiera que fuese como una dinamita, sin embargo, la dinamita destruye; a lo mejor, el agua del Señor que entra en las piedras es más silenciosa, pero su tarea es más eficiente.

Las transformaciones son lentas, pero proyectadas con un futuro esperanzado. Los cambios pueden darse porque el Señor entra en la vida; hay que sostenerlos con una visión muy grande; y éstos se ven cuando el espíritu es sensible frente al Señor.

La espectacularidad en la obra del Señor tendría mucha importancia para aquellos que han vivido hundidos dentro del mundo; por eso, lo espectacular se les hace entendible, aún reaccionan ante ello con mucha fuerza y decisión.

Sin embargo, esos cambios son como los vientos de la tormenta y los rayos que destrozan en el camino; y cuando vuelve la calma y un poco de paz, nos sostenemos más bien, en nuestro interior, y nos abrimos aún más desde la transformación interior que es muy lenta; nos abrimos a la vida, donde la lentitud es como la señal de lo verdadero.

Por alguna razón, Jesús se expresa en sus parábolas; habla de la vida, y la compara con la naturaleza; y allí, hay que esperar para ver y estar muy atentos.

La vida y lo que el Señor sigue haciendo en nosotros, en algún sentido marca el camino de los cambios; porque todo se proyecta hacia el mundo, y lo que el Señor hace de la vida es para salir al mundo, enfrentándolo.

También es cierto que el Señor nos hace ver los cambios

reales, presintiéndolos con tan sólo mirar la vida. Vamos adquiriendo la profundidad en la comprensión y en el crecimiento; la tenía Jesús, Él miraba y veía los cambios de hoy, y cómo se despertaban los cambios que llevaban su propio tiempo; aún veía el momento del verdadero cambio que no sólo era convertirse, sino el espíritu bien despierto ante el Poder Divino. Veía la lucha entre el bien y el mal, y cómo el bien se fortalecía en la lucha; como en otros casos, casi moría.

El que es enviado del Señor a enfrentar la realidad del mundo debe estar con Jesús, en medio de su conocimiento, de su luz y sus fuerzas que pasan por la vida. De otra manera, no sabrá medir las fuerzas o actuará con miedo, sin claridad, aún tendrá muchos tropiezos y se engañará a sí mismo; o se conformará con los cambios que no tienen sentido, que suelen desviarnos la atención. Así sucede en el mundo de los animales para protegerse del hombre. Cuántas veces, nos parecía que éramos vencedores, y lo que habíamos hecho era sólo tocar la realidad por fuera, mientras que las raíces se quedaban aún más fuertes. La verdadera visión es acompañada de la fuerza, para enfrentar el mal en toda su profundidad; y para eso, nos envía Jesús al mundo.

El Señor nos enseña todo su poder para ir venciendo el mal que es grande; pero no acepta que nos adueñemos ni de una sola de sus obras; tampoco tendría sentido, porque sólo el Señor vence al mal, y nosotros somos sus testigos. Mientras creo que he vencido algo dentro de mí, mi vida no está resuelta contra el mal; entonces, tampoco podré salir como enviado del Señor.

b. EL CAMINO DEL DESIERTO

El desierto es como el camino por donde debe pasar cada

discípulo de Jesús; si no es del todo en un sentido físico, sí en un sentido espiritual. Es un camino molesto, de noches y sombras, de miedos e inseguridades.

Sin embargo, en medio de la inseguridad, las oscuridades y dudas, en algún momento puede resplandecer la Imagen del Señor en su magnitud, luego de las luchas y de muchas preguntas. La vida en el desierto comienza casi de la nada: hay vientos adversos, el hombre es pequeño, desprotegido, casi perdido. Pero si enfrenta al desierto de algún modo, el Señor aparece grande, y no sólo esto, aparece en medio de la vida y empezamos a cambiar, como saliendo de nuestro desierto. Es una verdadera reconstrucción de la vida sobre los fundamentos del Señor.

En la medida en que el Señor sigue prendiendo en nuestro espíritu, la vida empieza a tomar una fuerza extraordinaria y es como una corriente de nuestro interior que desborda. Recuerden los deshielos e inundaciones de la primavera; es cuando las lluvias algunas veces, y el sol otras, hacen desbordar los ríos e inundan las tierras; el río del Señor comienza a recorrer la tierra que es casi desértica; se abren los cauces, y se abre la vida, ¿y por dónde se extenderá?

¿Cómo el Señor se afianzará en medio de nuestras tierras, y qué pasará con ellas?; son las vivencias que parecen sueños, pero son verdaderos y el Señor es más grande aún en su obra.

Las tentaciones en el desierto podrán tocarnos, es un modo de buscar cómo podrían ser reconocidos los poderes del Señor, de qué manera se podrían transformar la presencia y el poder del Señor en nuestra vida. Son tentaciones muy sutiles, casi naturales; son las cosas que pueden nacer en un corazón muy lleno de poder. Recuerden lo que decían los discípulos contra un pueblo hostil que no quiso aceptar a Jesús, cómo quisieron aprovechar los poderes que les dio

Jesús. Son esas tentaciones que vienen, se despiertan como ráfagas y si uno se descuidase, mandarían el fuego contra los hombres; y no es para eso el poder del Señor; no es para eso el poder de Jesús.

Tratamos del Señor presente en nuestra vida, entonces, la vida se abre y crece, se agranda nuestro modo de ver y de actuar, sin embargo, no es nuestro, es del Señor; y todo llevará su tiempo hasta que la vida se equilibre, hasta que las aguas lleguen y la transformen como el Señor quiera.

Se dice que no se puede dejar fósforos en la mano de un niño, mientras la paja está a su alcance, porque prende el fuego y se quema el bosque. ¡Cuántas veces quisiésemos usar los poderes del Señor, actuar en su Nombre, desde un corazón limitado y la mente inmadura! Entonces es mejor que el Señor nos quite el poder, es que sólo podríamos confundirnos y confundir a los demás.

La tentación del pan es muy común; la gente pide a Dios por cualquier cosa, creyendo que el Señor no sólo debe escuchar; la gente cree que tiene derecho a recibirlo todo.

El pan cierra el camino, no hay otra cosa que valga, si no hay pan, y parece que se termina la vida. Sin embargo, el hombre no sólo vive de pan, no siempre.

Ayer me alegré, vi un corderito recién nacido al lado de la capilla donde celebré la misa; en un día frío nació él, la alegría para la gente que vino a rezar. La madre cuidó a su hijo, lo olía a cada rato, lo mirábamos con cierto respeto; el chiquito quiso comer y, esta vez, la madre no lo dejó, ella comenzó a comer pastos y él comenzó a olerlos.

La vida es misteriosa y el hombre no sólo vive de pan; sin embargo, él la descubre cuando le falta el pan, y el hambre puede ser tan fuerte que se transforma en tentación.

Entonces, el Señor es más fuerte y no sólo hace vencer el hambre de pan, sino hace abrir otra sed por donde quiere

encauzar su gracia, su presencia y su poder.

Es muy importante descubrir en la gracia del Señor, el movimiento de las ansiedades; hay un orden interior, una lógica; las ansiedades tienen sus escalas, hay valores por medio; con desprendimientos se despierta la inquietud, hasta la desesperación, aún nos abrimos a otra clase de ansiedad hasta que nos encontremos con la última, la más profunda, con la sed del Señor.

Entonces, la Palabra del Señor es su Presencia que llena la vida. Mientras tanto, hay un tiempo de cambios tan fuertes que suelen sacudirnos hondamente, y crece la confianza en que estamos en buen camino. Pero sería bueno que alguien nos acompañase; a pesar de que lo debemos vivir solos, es bueno que alguien nos acompañe.

A veces, el hombre quisiese aportar a lo que el Señor trae, sólo para sostener las realidades del mundo, o sostener los proyectos humanos que parecen coherentes, justos. Todos ellos vuelan en medio del mundo de una visión limitada y un corazón encerrado, soñando que el Señor haga cosas que nosotros proyectamos. En el caso del Pueblo elegido, son los proyectos por su liberación, por su bienestar, aparentemente coherentes, a tiempo; sin embargo, Jesús no los acepta ni se inclina a luchar por ellos, casi se distancia; no quiere mezclar su misión con aquellos proyectos, con los que el Pueblo sueña desde hace tiempo. ¿Cómo ver eso en nuestro tiempo? ¿Dónde deberían estar los verdaderos discípulos de Jesús?

Es que hasta que el hombre no resuelva su necesidad más profunda, los caminos de su vida van a ser muy erráticos y se va a proyectar construyéndose sobre su desorden.

No hay paz, si no es desde el corazón; no hay justicia, si no se constituye en el Señor; los esfuerzos exteriores sólo

provocan otras guerras y otras confusiones.

Cuando el corazón está en paz, comienza a ver lo justo, lo necesario, en medio de la conflictividad que, a veces, es como una bendición; porque en esas circunstancias es posible hablar y ver lo que realmente falta, y por donde el hombre debería comenzar, siempre desde el Señor.

Sabemos que Jesús no pedía demasiado; sólo quiso que lo aceptasen, que Él venía con la paz; porque Él era la paz y la bendición del Padre. En esta aceptación de Jesús está lo que le Pueblo necesita. Sin embargo, el Pueblo busca otra cosa de un modo tan ansioso y aferrado, que queda aún más confundido, perdido; por eso llega donde debe llegar. Así es con los proyectos humanos que buscan la bendición del Señor; son los que confunden y oscurecen al hombre y a la sociedad.

Jesús no busca su propia gloria, está lejos del aplauso; los aplausos son breves, no siempre tienen visión lejana, sino son momentos, a veces, no profundos. Suelen confundir el corazón que no está maduro, y éste comienza a buscar lo propio que no le hace bien.

El reconocimiento superficial suele salvar a corto plazo; sin embargo, el que salva es el Señor. El reconocimiento no profundo no es un buen testigo, a veces suele ser como una estrella fugaz. Y qué triste sería si alguien actuase sólo porque lo aplaudiesen, si se condicionara de tal modo.

Jesús hubiese sido reconocido, si hubiera actuado como muchos esperaban de él; pero no lo hizo; es que no era su camino.

A veces, el reconocimiento actúa como una intuición para que nos acepten y de algún modo respondan, sin embargo, al precio de una respuesta que suele ser limitada.

Los que realmente reconocieron a Jesús, son aquellos que

le respondieron incondicionalmente, por los valores, más allá de todos los valores humanos por más importantes que fuesen; respondieron por el Reino, por el Señor de la Vida. Eligieron el camino que anticipaba el cuestionamiento, a veces, la guerra; a pesar de que venían del Padre y con la paz que Jesús les brindaba en abundancia, llevaban la guerra. Sin embargo, entre esa paz de Jesús y la crisis del hombre se iba a despertar lo nuevo más allá del proyecto del mundo. No sé si los discípulos lo sabían del todo, pero sí, lo presentían. Y el Señor los inspiraba a cada instante, mientras sus vidas eran distintas y actuaban de un modo nuevo, que despertaban luchas y cuestionamientos; pero para esto, Jesús ha venido a este mundo.

Hoy es el día de san Juan Bautista; el día va resurgiendo, una mañana fresca y nublada, pero hay esperanza, parece que el sol está cerca. Me queda ir a un lugar entre las piedras; por allí, muy abajo, pasa un río; y voy cuanto antes, quiero estar en ese lugar, volviendo a san Juan que era esperanza de los nuevos tiempos.

Él era la esperanza del Sol naciente; lo presintió y esperó para verlo, lo encontró y se alegró su corazón, en aquellos tiempos del mundo tan confusos.

¿Qué será de nuestros tiempos? Parece que estamos más confundidos aún...

Prefacio	3
1. "Padre nuestro, Padre de los Cielos	7
a. me lo enseñó Ella	7
b. a descubrir su Imagen	9
2. Santificado sea tu Nombre	15
a. el Padre de Jesús	15
b. quien me ve, ve al Padre	19
3. Venga tu Reino	23
a. Él llamaba desde el mundo	23
b. la apertura hacia el Señor	28
4. Hágase tu voluntad	
en la tierra como en el Cielo.	35
a. escuchar al Padre	35
b. descubrir lo que quiere de mí	39
5. Danos hoy el pan de este día	45
a. pedir en su Nombre	45
b. la pobreza de Francisco	48
6. Y perdona nuestras deudas,	
como nosotros perdonamos a nuestros deudores	55
a. una verdadera reconciliación	55
b. sólo el Señor salva	58
7. Y no nos dejes caer en la prueba,	
sino que líbranos del Malo." Mateo (6,9b-13)	53
a. buscar la fuerza verdaderamente	53
b. el camino del desierto	67

